



GDF

GRUPO DE DISCIPULADO FAMILIAR



MINISTERIO CASA SEGURA

GDF

GRUPO DE DISCIPULADO FAMILIAR



MINISTERIO CASA SEGURA

El presente material es de distribución gratuita, prohibida su comercialización.

La versión de las Escrituras utilizadas en este material corresponde a la versión Reina Valera 1960.

Ministerio Casa Segura

Casa Segura Publicaciones

www.casasegurapublicaciones.es

Facebook: Casa Segura Publicaciones

Instagram: Casa Segura Publicaciones

Twitter: Casa Segura Publicaciones

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Clase 1	Parábola del sembrador
	<i>Decidiendo el tipo de suelo que queremos ser</i>
	6
Clase 2	Parábola del trigo y la cizaña
	<i>Decidiendo el tipo de semilla que queremos ser</i>
	10
Clase 3	Parábola de la semilla de mostaza
	<i>Construyendo nuestra vida en Jesús</i>
	15
Clase 4	Parábola de la levadura
	<i>Creciendo de forma equilibrada</i>
	17
Clase 5	Parábola del tesoro escondido
	<i>Construyendo nuestra nueva vida en Dios</i>
	20
Clase 6	Parábola de la perla preciosa
	<i>Escogiendo el Evangelio de Cristo y no el de los hombres</i>
	23
Clase 7	Parábola de la red de pesca
	<i>El Evangelio del Reino de Dios es para todos los hombres</i>
	26
Clase 8	Parábola de la oveja perdida
	<i>Cada individuo es más que importante para Dios</i>
	29
Clase 9	Parábola de los dos deudores
	<i>Aprendiendo a ser justos y misericordiosos</i>
	32
Clase 10	Parábola de los obreros de la viña
	<i>Conociendo el corazón de Dios</i>
	35
Clase 11	Parábola de los dos hijos
	<i>Decidiendo qué tipo de hijos queremos ser</i>
	39
Clase 12	Parábola de los labradores malvados
	<i>Entendiendo para qué fuimos creados</i>
	43
Clase 13	Parábola de la fiesta de bodas
	<i>Viviendo a la altura de nuestro llamado</i>
	47
Clase 14	Parábola de las diez vírgenes
	<i>Preparados para la venida de Cristo</i>
	51

Clase 15	Parábola de los talentos <i>Administrando lo que Dios nos ha entregado</i>	55
Clase 16	Parábola del crecimiento de la semilla <i>Entendiendo cómo funciona el Reino de Dios</i>	59
Clase 17	Parábola del buen samaritano <i>La esencia del verdadero Evangelio de Cristo</i>	62
Clase 18	Parábola del rico insensato <i>El verdadero significado de nuestra existencia I</i>	65
Clase 19	Parábola de la higuera estéril <i>El verdadero significado de nuestra existencia II</i>	67
Clase 20	Parábola de la gran cena <i>Un sitio en el corazón del Padre</i>	69
Clase 21	Parábola de la oveja perdida <i>Cuando las palabras no alcanzan</i>	72
Clase 22	Parábola de la moneda perdida <i>Cada individuo es importante</i>	74
Clase 23	Parábola del hijo pródigo <i>La importancia del comprender al otro y del respeto por las libertades individuales</i>	78
Clase 24	Parábola del mayordomo infiel <i>La importancia de tener las cosas claras</i>	83
Clase 25	Parábola de la viuda y el juez injusto <i>Lo que realmente cuenta</i>	86
Clase 26	Parábola del fariseo y el publicano <i>La actitud correcta al momento de presentarnos delante de Dios</i>	
Clase 27	Parábola de las diez minas <i>La importancia de estar preparados para lo que Dios nos quiere entregar</i>	93
Clase 28	Parábola del redil <i>La importancia de conocer la voz de nuestro Pastor</i>	97

Clase 1

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Decidiendo el tipo de suelo que queremos ser

“Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga”.

Mateo 13:3-9

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de prestar atención al tipo de suelo que encuentra la semilla de la Palabra de Dios, cuando es sembrada en nuestro corazón.

La semilla es la Palabra del Reino (Mateo 13:19). Jesús vino a transmitir a los hombres un mensaje de parte del Padre; ese mensaje es la Palabra del Reino de Dios, es el vocabulario, el idioma, las expresiones y conversaciones que el Padre emplea para comunicarse con aquellos que han decidido habitar en su Reino. Cuando nos encontramos con Jesús y le hacemos Señor de nuestra vida, automáticamente y por la fe, somos trasladados del reino de las tinieblas al Reino de Jesús (Colosenses 1:13); esto quiere decir que ya no pertenecemos al reino de las tinieblas, el cual también tiene su propio idioma, su propio vocabulario, su propio código de convivencia. Por tal razón, se espera de nosotros que comencemos a adoptar los usos, costumbres y manera de hablar que corresponden al Reino al cual hemos sido trasladados.

Jesús vino a enseñar a los hombres esos usos y esas costumbres, y ese hablar tan diferente al que pertenece al reino de las tinieblas. Mientras en este solo se habla de violencia, de rechazo, de fracaso, de temores, de dudas,

de incredulidad, de pérdidas, de enfermedades, de tristezas, de pecado, de dolor, en el Reino de Cristo solo se habla de paz, de fe, de fortaleza, de victoria, de poder, de cambios, de transformación, de altura, de esperanza, de salvación.

¿Qué tipo de idioma estás hablando para comunicarte con los tuyos, con tus pares, con aquellos a quienes amas? Si tu forma de hablar no se condice con el Reino en el que ahora estás habitando, significa que no has comprendido en qué, en realidad, consiste, el Evangelio que manifiestas abrazar.

Los que están parados “junto al camino”: presa fácil para que “el malo” les arrebaté la Palabra que el Señor les ha entregado (Mateo 13:19). Jesús habla de una semilla que cayó junto al camino, y el malo vino y arrebató esa semilla que había sido sembrada en el corazón. No siempre estamos dispuestos a caminar en los caminos de Dios; a veces, recibimos su enseñanza, recibimos su presencia, recibimos un toque poderoso de su mano de amor, pero preferimos quedarnos parados junto al camino, a un costado, a un lado, como queriendo observar qué es lo que sucede con quienes siguen caminando, como queriendo verificar si lo que hemos escuchado es cierto, como queriendo ver, en realidad, en qué consiste la Palabra de la que nos están hablando.

El desafío que recibimos de parte del Señor es a entregarnos por completo a su Verdad y a su Enseñanza; a abrazar con pasión la fe que él mismo ha depositado en nuestro corazón, y a identificarnos con él, haciéndolo Señor de nuestra vida y de todo lo que somos. Pero si nos quedamos a un lado, si nos quedamos esperando para ver qué habrá de suceder, si solamente nos quedamos “al margen”, sin atrevernos a rendirnos por completo delante de la presencia de Dios, debemos saber que seremos presa fácil para que el enemigo de nuestras almas venga a nosotros para arrebatar la Palabra que se nos ha sido sembrada. Necesitamos identificar cuáles son las causas y las razones por las cuales no estamos atreviéndonos a caminar “de lleno” por los caminos de Dios, y ser valientes para renunciar a toda oposición, a todo impedimento, a todo lo que quiera levantarse en contra de la fe que hemos abrazado, para vivir de tal manera que no haya nada que nos impida disfrutar de la plenitud de la vida que, ahora, Cristo nos quiere entregar.

Los que habitan entre pedregales: el entorno puede llegar a afectarnos significativamente (Mateo 13: 20-21). Un pedregal es un terreno cubierto de piedras sueltas. Muchas veces, estamos rodeados de personas cuyo corazón está endurecido, cerrado, seco, por diferentes causas y diferentes razones. Y aunque nosotros hemos abierto nuestro corazón a Dios y hemos dado lugar a que su presencia nos llene y nos transforme por completo, esas personas que nos rodean, cuyos corazones están indiferentes y cargados de incredulidad, se convierten en un terreno no muy propicio para que nosotros podamos echar raíces en las nuevas convicciones y principios que hemos abrazado. Tal vez no sea necesario apartarse por completo de tales personas o tales compañías, pero sí habrá de serlo el hecho de que podamos prestar atención a este entorno negativo para poder estar alertas y atentos a los factores que pueden llegar a sernos altamente perjudiciales al momento de buscar crecer en la fe que hemos recibido de parte de Dios. Tendremos que tomar decisiones, tendremos que cerrar nuestros oídos, y tendremos que elaborar dentro de nosotros mismos principios de fe que se conviertan en los cimientos sólidos sobre los cuales hemos de construir y edificar nuestra vida.

Los que habitan entre los espinos: los afanes de esta vida, las ambiciones y el deseo de tener más, ahogan la Palabra recibida (Mateo 13:22). No es una novedad que vivimos inmersos en medio de sociedades materialistas, consumistas y ambiciosas de éxito y de poder en todas las áreas habidas y por haber, y esta es una de las razones por las cuales la Palabra del Reino de Dios no encuentra sitio en el cual crecer y desarrollarse.

Jesús vino a la tierra a enseñar a los hombres el estilo de vida del Reino de los Cielos; un estilo de vida basado en el amor al prójimo, factor imprescindible para que las relaciones humanas funcionen y sean productivas. Es el amor el que nos impulsa a pensar en el otro, el que nos impulsa a dar, a compartir, a procurar el bienestar del prójimo, a velar por que nada le falte, porque sus necesidades estén cubiertas, mientras que el espíritu egoísta de las sociedades en las que habitamos nos impulsa continuamente a velar por nuestras propias necesidades, sin importarnos las de los demás, a buscar nuestro propio bienestar, sin prestar atención al otro, a acumular para nosotros mismos y para aquellos que nos importan, sin tener en cuenta lo que otro pueda estar pasando o lo que pueda llegar a vivir.

Para que la Palabra del Reino halle cabida en nuestros corazones y pueda crecer, desarrollarse y reproducirse por sí misma, será necesario que

prestemos atención a los espinos que puedan llegar a ahogarla, impidiendo que cumpla su objetivo de llevarnos a ser los hijos e hijas de Dios que verdaderamente representen al Reino de los Cielos.

La buena tierra: aquellos cuyos corazones están sedientos y hambrientos de una completa transformación (Mateo 13:23). Dar fruto y producir a ciento, a sesenta y a treinta por uno significa, nada más y nada menos, que demostrar que hemos entendido lo que Dios ha venido a decirnos, que hemos tomado las decisiones que necesitábamos tomar para que su obra fuera realizada en nosotros, y que estamos reproduciendo el estilo de vida que Cristo mismo ha venido a enseñar a los hombres de la tierra. Significa que hemos comprendido el lenguaje y el idioma del Reino, y que estamos dispuestos a ser completamente transformados por él, siendo capaces aún de impartir en nuestro entorno las mismas convicciones y principios que hemos abrazado y que manifestamos amar. Dar fruto significa que hemos permitido que sea Dios el que opere dentro de cada uno de nosotros, para llevarnos a ser esos dignos representantes que el Reino requiere que nosotros seamos.

CONCLUSIÓN

Jesús no vino a la tierra solamente para hacer milagros y cambiar la vida de las personas en su parte externa; Jesús vino a hacer una obra de transformación en los corazones de los hombres, a través de su enseñanza, de su mensaje, y de lo que Dios tiene para transmitirles. Un suelo propicio para que ese mensaje pueda echar raíces y comenzar a dar frutos, será un corazón que se rinda y se entregue por completo a ser transformado por el poder de la Palabra de Dios; de esta manera, estaremos entrando en nuevas dimensiones espirituales, que se verán reflejadas en nuestra forma de ser, en nuestra forma de andar, y en la manera en que decidamos conducirnos en todos nuestros caminos.

Clase 2

PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA***Decidiendo el tipo de semilla que queremos ser***

“Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero”.

Mateo 13:24-30

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, cuál será el futuro tanto para los que han decidido aceptar a Cristo en su corazón como Salvador, como para los que no.

El campo es el mundo (Mateo 13:38). Dios está sentado sobre el círculo de la tierra (Isaías 40:22), reinando sobre todo lo que existe (Hebreos 1:3). Desde allí, él contempla el mundo que ha creado y a cada uno de sus habitantes (2º Crónicas 16:9). Él tiene una completa visión de todo lo que hay en la tierra, nada se le pasa por alto. Conoce a las personas, a los individuos, sus pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, sabe todo lo que acontece y aun lo que habrá de acontecer, nada escapa a sus ojos de amor. El hombre pretende edificar su vida fuera de los parámetros de Dios, creyendo que puede vivirla a su manera, como le place, sin tener en cuenta que ha sido hecho y diseñado por ese Dios creador del universo y que, tarde o temprano, tendrá que comparecer delante de él para rendir cuentas acerca de la manera

en que decidió administrar el tiempo de vida que se le fue entregado para vivir y, de esa rendición de cuentas, no se escapará nadie; lo creamos o no, las cosas han de suceder como Dios ha determinado que sean, y es hoy el tiempo que nosotros tenemos para decidir de qué lado queremos estar y qué postura debemos tomar.

El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre (Mateo 13:37), y la buena semilla son los hijos del reino (Mateo 13:38). La Biblia llama "Hijo del Hombre" a Jesús, queriendo demostrar en todo momento la condición completamente humana del Hijo de Dios que descendió para salvarnos. Esta parábola nos enseña que esa buena semilla son los hijos del reino, aquellos que han decidido en su mente y en su corazón pertenecer al Reino de Dios. Aquellos que han decidido alejarse del pecado, de los vicios, de la corrupción de este mundo, que han elegido vivir su vida conforme a las enseñanzas y consejos del Maestro. Pero dice que esos hijos del reino han sido sembrados, han sido plantados por Jesús. Como él mismo enseñó a sus discípulos, no somos nosotros los que elegimos a Dios, sino que es él el que nos escoge a nosotros (Juan 15:16); si hoy estamos en el camino de Dios o comenzando a conocer acerca de la vida del Reino de los Cielos, debemos saber que no es porque hayamos tenido la luz suficiente como para darnos cuenta que nos convenía acercarnos a Dios, sino porque él mismo decidió escogernos, aun desde el vientre de nuestra madre (Isaías 49:1), para formar parte de su Reino, de sus hijos, de su Iglesia, de su Cuerpo. Ahora bien, lo que debemos saber y debemos tener en claro es que llegamos a Cristo por decisión suya, pero permaneceremos en él por decisión propia. Somos nosotros los que habremos de decidir si deseamos continuar siendo parte de su Reino, y cómo deseamos hacerlo. Él nos incluye en su familia, nos añade a su Cuerpo, y no vuelve a sacarnos, pero somos nosotros, con nuestras acciones y actitudes, los que decidimos seguir pegados a él o desligarnos por completo del llamado que hay sobre nuestra vida.

La cizaña son los hijos del malo (Mateo 13:38), y el enemigo que la sembró es el diablo (Mateo 13:39). Aunque no nos guste hablar demasiado de este personaje siniestro, debemos saber que el diablo es tan real como Dios y su Hijo Jesucristo. Él es el eterno enemigo del Creador; el que habitaba en los cielos junto a él, pero de donde él tuvo que expulsarlo por querer tener su gloria y la adoración de los demás seres creados. Así, fue enviado a la tierra, cuando aun en esta no existía el hombre, ni nadie a quien dominar

(Isaías 14: 12-15; Ezequiel 28:13-19). Luego, cuando Dios decidió comenzar con su proyecto de creación del mundo, el diablo comenzó a trabajar también para pervertir y destruir la obra que él empezó a llevar adelante; fue cuando en forma de serpiente se entrometió en el Edén para llevar a Eva y a Adán a tomar una decisión que traería terribles consecuencias (Génesis 3). A partir de ese momento, él comenzó a tener el control, impulsando a aquellos que deciden obedecerle a actuar totalmente en contra de la voluntad de Dios para cada uno de ellos (Juan 8: 42-44). Y ha conseguido tener adeptos, seguidores, adoradores, que no son solamente aquellos que pertenecen a religiones satanistas o a sectas que aparecen esporádicamente; cualquier hombre que decide vivir lejos del Dios que lo creó, ya está viviendo conforme el enemigo de Dios está determinando que lo haga (Efesios 2:2). No hay una zona neutral en donde podamos refugiarnos para no hacer la voluntad ni de uno, ni de otro; existen dos reinos y dos lugares claros a los cuales podemos pertenecer: es el reino de la luz o el reino de las tinieblas; es viviendo bajo la cubierta de Dios o viviendo bajo la de su enemigo; es caminando según los parámetros de Dios o conforme el príncipe de este mundo, Satanás, determina que lo hagamos (Colosenses 1:13).

La siega es el fin del siglo, y los segadores son los ángeles (Mateo 13:39). Mucho se ha hablado y se habla del famoso *fin del mundo*, y muchos han tratado y tratan de especular acerca de cómo será, qué sucederá, qué habrá de pasar con el planeta en el que vivimos y, lo que más nos importa, qué será de cada uno de nosotros. La Biblia también es clara en anunciarnos que habrá un fin de todas las cosas, aunque no nos da una fecha exacta para que nosotros podamos saberlo; más bien la Biblia nos anima constantemente a estar alertas, apercebidos, porque no sabremos cuándo será pero, tarde o temprano, ese fin que tanto se teme, llegará (1º Pedro 4:7).

Pero nosotros, si hemos decidido seguir y servir a Dios, no tenemos por qué temer ni por qué preocuparnos. La Biblia nos enseña que aquellos que han tomado la decisión de hacer a Jesús Señor de toda su vida, han de ser salvados de las cosas terribles que puedan llegar a acontecer sobre la tierra. Hay un suceso prometido para los hijos de Dios: el llamado "*Rapto de la Iglesia*"; como la Biblia lo describe, el propio Jesús habrá de venir un día a recoger a aquellos que han tomado la decisión de seguirle y habrá de enviar a sus ángeles para cosechar esa *buena semilla*, que son los hijos del Reino, para llevarlos a vivir para siempre en los cielos junto a él. Como fue dicho hace un momento, de ese suceso desconocemos día y horario, solamente

Dios es quien sabe cuándo será, pero a nosotros nos toca estar alertas, estar preparados y estar viviendo conforme a lo que Cristo nos enseña en su Evangelio que debemos vivir, para ser arrebatados juntamente con todos aquellos que han dispuesto ir a disfrutar de la eternidad con él (Mateo 24: 31-44; 1º Tesalonicenses 4: 13-18; 5: 1-11).

Los que decidieron vivir en la tierra sin Dios, también pasarán su eternidad sin él (Mateo 13: 40-42). El hombre trata de negar esta verdad porque, debido a su arrogancia, su orgullo, su soberbia y altivez, se niega a creer que las cosas puedan llegar a desarrollarse como Dios ya ha dicho que será. Lo cierto es que es algo totalmente lógico y razonable de entender: Dios fue quien creó el universo, Dios fue quien dio vida al hombre, y será el mismo Dios el que ha de poner punto final a la existencia de este sobre el planeta. Él ha preparado la eternidad para que podamos estar a su lado, y cada día nos da oportunidades para que decidamos pasar esa eternidad con él; pero estará en nosotros elegir vivir de tal manera que demostremos, en todo tiempo y en todo momento, que no estamos dispuestos a quedarnos fuera de esa gloria reservada para nosotros. Por otro lado, aunque suene duro y nos cueste entender que tenga que ser así, la consecuencia lógica de haber despreciado a Dios en nuestro tiempo en la tierra no será otra que la eternidad alejados de él (Mateo 25: 31-46).

Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mateo 13:43). Lo que está reservado para aquellos que han determinado vivir para obedecer a Dios y a sus mandamientos para los hombres, serán recompensados, serán coronados con la gloria de Dios sobre sus cabezas, y habrán de resplandecerán en el firmamento. A pesar de que en la tierra ellos hayan tenido que ser víctimas de ultrajes, rechazo, injusticias y tantas cosas más, en la hora final, cuando todo se haya consumado, los justos, los rectos, aquellos que eligieron vivir para Dios, serán levantados, enaltecidos y recompensados por parte de él (Apocalipsis 2:10; 3:5, 21).

La forma de obrar del enemigo. Satanás tiene un solo objetivo, y es destruir la obra de Dios, sea esta en la tierra, en las naciones o en los individuos que las habitan. Por tal razón, él trabaja incansable y astutamente desde las tinieblas, desde las sombras, de forma sutil y disimulada, para que los hombres no se den cuenta de lo que él está haciendo o planeando hacer. La parábola nos enseña que el enemigo sembró la cizaña *mientras los*

hombres dormían (Mateo 13:25); eso quiere decir que Satanás espera pacientemente a que los hombres no estén atentos, a que estén distraídos, para sembrar en ellos todo tipo de pensamientos y sentimientos negativos. Entonces, tenemos cientos y miles de personas con depresión, con estrés, con ataques de pánico, con pensamientos de suicidio, personas que eligen vivir en adulterio, en el robo, en la estafa, en la promiscuidad sexual, personas que deciden rechazar conscientemente a Dios, no estando dispuestos a rendir ni un trozo de sus vidas ante él. Esta no es otra cosa que la obra que el enemigo de nuestras almas lleva adelante sobre las naciones de la tierra. Por tal razón, nosotros no debemos dormirnos, sino que debemos velar, atentos para que ninguna influencia enviada desde las tinieblas pueda encontrar cabida en nosotros, alejándonos de la presencia de Dios y de sus caminos para nuestra vida.

CONCLUSIÓN

Aunque no sabemos el día y la hora en que el Señor ha de venir a buscar a sus hijos, sabemos que es algo que sí o sí ha de suceder, por lo que debemos estar preparados. Preparar nuestro corazón, preparar nuestra alma y preparar nuestro espíritu, para que aquel día no nos sorprenda como ladrón (1º Tesalonicenses 5:4). Estar a cuentas con Dios, habiendo confesado todos nuestros pecados, y tomar a diario las mejores decisiones, que nos traerán las mejores consecuencias y que harán que un día, tal y como el propio Jesús lo manifestó, nosotros estemos brillando en el firmamento como el sol junto a nuestro Dios.

Clase 3

PARÁBOLA DE LA SEMILLA DE MOSTAZA

Construyendo nuestra vida en Jesús

“Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”.

Mateo 13:31-32

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, cuál fue la intención del Padre al enviarle a la tierra:

El campo es el mundo: Recordemos que, en la parábola del trigo y la cizaña, Jesús mismo nos enseña esto (Mateo 13:38).

El reino de los cielos es Jesús. Cuando Jesús comenzó su ministerio, lo primero que dijo al presentarse delante de los hombres fue: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 4:17). Se estaba refiriendo a sí mismo, era Dios en persona acercándose al hombre para tener una nueva relación de amistad con él. En esta parábola, Jesús sigue haciendo referencia a lo que sucedió al ser él enviado a la tierra: él fue ese grano de mostaza que fue sembrado en el mundo (en la tierra), pequeño (un bebé recién nacido), pasando casi desapercibido durante treinta años (creciendo, Lucas 3:23), hasta que llegó el momento de comenzar a cumplir la función para la cual había sido enviado por el Padre. Jesús tenía una sabiduría superior, aun desde muy pequeño, todos esos años los había pasado preparándose y capacitándose para cumplir con su misión (Marcos 1:22; Lucas 2:47): *se hizo la más grande de las hortalizas, se hizo árbol para cobijar a todos (aves) los que quisieran venir a refugiarse bajo sus ramas.*

Construir nuestra vida en Jesús. Observemos que la parábola dice: *“vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”*; *hacer nidos* significa *hacer el hogar* en esas ramas: construir nuestro hogar, nuestra casa, nuestra vida en Jesús. *Hacer nido* no es hacer una visita de vez en cuando; no es acudir a Jesús cuando las cosas no van muy bien y necesitamos que él nos aporte soluciones a nuestros problemas, no significa caminar un trecho del camino con Jesús y apartarnos cuando consideramos que ya no lo necesitamos. *Hacer nido* significa *construir, edificar, levantar toda nuestra vida* en Jesús; aprendiendo de su ejemplo, de sus consejos, de su enseñanza, aplicándolos a cada paso que demos en el caminar; escogiendo para nuestros caminos aquello que el Señor nos ha enseñado y lo que continúa enseñándonos que es lo mejor para nuestra vida; escoger su voluntad, por encima de la voluntad humana; escoger sus puntos de vista, por encima de los puntos de vista de este mundo que cada día se hunde más en la ciénaga de la confusión; escoger sus caminos, por encima de los que nuestros deseos y pasiones humanos y carnales nos dictan y pretenden impulsarnos a vivir. Para esto vino Jesús al mundo, ese fue el objetivo que el Padre persiguió al momento de enviarlo a la tierra: que Jesús fuera un hombre más, pero viviendo de una manera diferente, enseñándoles así a los hombres cómo debían ellos vivir, dejándoles un modelo que pudiesen seguir para tener bendición en todo lo que hicieran.

CONCLUSIÓN

Nosotros somos esas aves que tienen la libertad de volar hacia donde prefieran ir o hacia donde les parezca mejor. Nosotros somos quienes elegimos si queremos hacer nuestro nido en Jesús o buscar otras alternativas que nos parezcan más convenientes. Debemos saber que, conforme a lo que decidamos, serán los resultados que obtengamos en nuestro caminar.

En ese Árbol que es Jesús hay lugar para todos, porque el Señor no discrimina ni hace acepción de personas, y se ha ocupado expresamente de tener un sitio para cada uno de nosotros. Que podamos elegir hacer en él nuestra morada, permitiendo que, a diario, él nos guíe por los caminos de su perfecta voluntad.

Clase 4

PARÁBOLA DE LA LEVADURA

Creciendo de forma equilibrada

“Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado”.

Mateo 13:33

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de tener un crecimiento equilibrado, en las tres áreas fundamentales de nuestra persona:

La levadura es la presencia de Dios (1º Corintios 3: 6-7). Cuando Jesús habla de la levadura, está hablando de ese elemento que produce el crecimiento en el lugar en el que se lo coloca. La Biblia nos enseña que quien da el crecimiento a una persona es Dios, por lo cual ese elemento que vendrá a traernos la madurez y el crecimiento en todas las áreas de nuestra vida será su presencia en nosotros.

Las tres medidas de harina son las tres áreas de las que estamos compuestos (1º Tesalonicenses 5:23). La Biblia nos enseña que el ser humano está compuesto de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. El espíritu es nuestro aliento de vida; es el lugar en el que nos encontramos con Dios y en donde se encuentra la vida de nuestro ser. El alma es el área de las emociones, de los sentimientos, de los pensamientos; involucra la mente y el lugar desde el cual nos relacionamos con nuestro entorno. Y el cuerpo, obviamente, es la parte física en la que están contenidas las otras dos.

La levadura escondida en tres medidas de harina es la presencia de Dios llenando cada parte de nuestro ser. Como dijimos anteriormente, esa levadura es el elemento que produce el crecimiento del lugar en el que es colocada. La presencia de Dios escondida dentro de cada parte de nuestro

ser, habrá de traer crecimiento a cada una de ellas. Como seres humanos, podemos hacer muchas cosas para traer crecimiento a las distintas áreas de nuestra vida, pero nunca será igual que el crecimiento que nos traerá el permitir que sea Dios mismo quien lo llene todo en nosotros.

La Biblia nos dice que Jesús, cuando fue hecho hombre, aun desde niño comenzó a crecer en todas las áreas de su vida de forma pareja y equilibrada (Lucas 2:52). Él crecía en “sabiduría” (mente/alma), en “estatura” (cuerpo), en “gracia” para con Dios (espíritu) y los hombres (alma). Cuando una persona crece de forma “despareja”, crece desproporcionadamente; es entonces que tenemos personas muy espirituales, pero descuidadas en su parte física; personas muy emocionales, pero muy poco espirituales; o personas abocadas solo al cuidado de su cuerpo y de su aspecto personal, pero totalmente despreocupadas de la parte espiritual o de la parte almática. A través de esta parábola, Jesús nos enseña que nuestro crecimiento debe producirse de forma equilibrada, prestando atención a todas las áreas de nuestra persona, y procurando que Dios esté presente y llenándolo todo en cada una de ellas.

Dios presente en nuestra parte física nos hará entender la importancia de cuidar nuestra salud, nuestra alimentación, nuestro aspecto, limpieza y aseo personal, con el objetivo de estar sanos y saludables para poder vivir a pleno la vida que él nos dio.

Dios presente en nuestra parte emocional nos ayudará a no depender de nuestros sentimientos al momento de tomar decisiones, ni de las personas que estén a nuestro alrededor, libres del deseo y de la motivación de querer agradar a otros con nuestra vida y nuestros actos, para estar enfocados en agradarle solamente a él y en procurar ser felices y disfrutar de la vida que él nos dio para vivir.

Dios presente en nuestra parte espiritual nos dará cordura, madurez, equilibrio, coherencia, sobriedad, sabiduría, y nos llevará a descubrir el verdadero propósito por el cual pisamos la tierra y lo que el Dios que nos creó espera de cada uno de nosotros, impulsándonos a cumplirlo en todo lo que somos y en todo lo que hacemos.

Dios ausente de algún área de nuestro ser provocará deformidades y desproporciones en nuestro crecimiento que afectarán significativamente nuestra vida, nuestra relación con él y con quienes nos rodean.

Somos nosotros los responsables de nuestro crecimiento. Donde Dios está, hay crecimiento, hay libertad, hay vida y vida en abundancia (Juan 10:10); pero hay algo importante que debemos tener en claro y es que somos

nosotros los responsables de que Dios esté presente en cada parte de nuestro ser. Somos nosotros quienes abrimos la puerta, quienes le damos lugar, quienes le permitimos que él nos llene, o no. Dios nunca entrará a un lugar en donde no le dan entrada o no le dan permiso; por el contrario, él esperará, pacientemente, por el momento en que le permitamos entrar en nuestro ser y ser el Dueño y Señor de todo lo que somos (Apocalipsis 3:20).

CONCLUSIÓN

La presencia de Dios en la vida de una persona cambia por completo el rumbo de ella. Sin dudas, en algún momento hemos tenido la experiencia de haber intentado en nuestras propias fuerzas y en nuestra propia sabiduría llevar adelante muchas de las áreas de nuestra vida, y hemos fracasado, no hemos logrado alcanzar lo que nos habíamos propuesto o, si lo hicimos, igualmente nos sentimos huecos, vacíos, incompletos. Y es que, sin la presencia de Dios en nosotros, es muy difícil que podamos sentirnos de otra manera, ya que fuimos diseñados para contener su presencia, y jamás nos sentiremos completos a menos que él esté llenando todo nuestro ser y produciendo en nosotros ese crecimiento equilibrado y parejo que tanto necesitamos.

Clase 5

PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO

Construyendo nuestra nueva vida en Dios

“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”.

Mateo 13:44

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de aprender a construir nuestra nueva vida en Dios:

El campo es el mundo (Mateo 13:38). Como ya hemos visto en clases anteriores, Jesús mismo al momento de explicar sus parábolas identifica al campo con el mundo, el planeta en el que habitamos y el medio en el cual nos movemos.

Un tesoro escondido en un campo. El hombre de la parábola encuentra ese tesoro escondido en un campo. Ese tesoro es el Reino de los Cielos, significa que el hombre se encuentra con el Reino de los Cielos “en el mundo”, esto es, en medio de su estilo de vida, de sus hábitos, de sus costumbres, de su manera de conducirse. Se encuentra con el Reino de los Cielos en medio de lo que ha practicado hasta el momento, y tiene que tomar una decisión: o toma ese tesoro y se lo lleva, “agregándolo” a sus posesiones, a sus riquezas, a lo que ha amontonado en la vida, o va y “se despoja” de todo lo que tiene y se determina a “comprar” solamente ese sitio en el que se encuentra el tesoro, disponiéndose a construir una nueva vida en ese lugar. “Llevarse y anexarlo a sus posesiones” simbolizaría hacer del Reino de los Cielos, del Evangelio, “algo más”; una creencia más, una ideología más, una costumbre más, como muchos que “simpatizan” con él, y buscan de agregarlo a todas las creencias que ya tienen, pero no están dispuestos a permitir que ese Evangelio los cambie, los transforme y los haga “nuevas criaturas”. “Vender todo y despojarse de todo lo que se tiene” simboliza el estar

dispuestos a tener un verdadero “antes y después” en “todo” lo que somos: en nuestra forma de conducirnos, en nuestra forma de ver las cosas, en nuestros puntos de vista, nuestro parecer, nuestras convicciones, nuestra estructura de pensamiento, etc., etc., etc., algo que no cualquier persona está dispuesta a aceptar.

El hombre decide dejar el tesoro en el lugar en el que lo encontró. Muchas personas no comprenden lo que significa la transformación que el Espíritu de Dios quiere hacer en su vida a través del Evangelio de Cristo, y buscan de “hacer las cosas bien”, de “portarse mejor”, de vencer sus pecados y vencerse a sí mismas a través de su propio esfuerzo, de su fuerza de voluntad y de su firmeza de carácter, pero el cambio y la transformación que el Espíritu quiere producir en nosotros no se lleva a cabo de esta manera; no se trata de trabajar y esforzarnos por cambiar lo que hemos sido, sino de llevar nuestra vida a los pies de Jesús, y permitir que sea el Espíritu de Dios quien haga la obra en cada uno de nosotros. El hombre no se llevó el tesoro para otro lado; él se ocupó de construir una nueva vida en el mismo lugar en donde lo había encontrado; esto quiere decir que no debemos tratar por nuestros propios medios de alejarnos de la persona que éramos hasta que conocimos a Jesús y que, de vez en cuando, intenta seguir dominándonos, sino que debemos procurar construir un nuevo estilo de vida desde el mismo sitio en el que encontramos ese tesoro, el Evangelio, el Reino de los Cielos, basándonos en lo que ahora Cristo está enseñándonos y en el poder sobrenatural de su Espíritu, que habrá de trabajar en nosotros. De un día para el otro no podremos cambiar muchas cosas; pero si procuramos construir nuestra vida alrededor del tesoro que hemos recibido de parte de Dios, habremos de conquistarnos a nosotros mismos, logrando así que el Evangelio de Jesús sea totalmente efectivo para nosotros también.

CONCLUSIÓN

Dios tiene el poder para hacer muchas cosas, incluso lo que para los hombres puede llegar a ser imposible. Pero hay algo que él nunca podrá lograr, y es hacer en nosotros aquello que no le permitimos que él haga. Por tal razón, si bien es cierto que él quiere transformarnos y cambiar todo lo que somos, llevándonos a tener una vida completamente diferente a la que

hemos vivido hasta ahora, nunca podrá lograrlo si nosotros no estamos dispuestos a que él lo haga. Por lo tanto, el cambio, en realidad, comienza por cada uno de nosotros. Él hará lo que nosotros no podemos hacer, extendiéndonos su gracia en los momentos en que sintamos caer o desfallecer; pero hay cosas que solo dependerán de que nosotros dispongamos nuestro ser para ser completamente transformados por la mano del gran Alfarero. ¿Estaremos dispuestos a permitir que él continúe haciendo en nosotros esa obra de transformación absoluta?

Clase 6

PARÁBOLA DE LA PERLA PRECIOSA

Escogiendo el Evangelio de Cristo y no el de los hombres

“También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró”.

Mateo 13: 45-46

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de aprender a diferenciar el Evangelio que él vino a predicar y enseñar, del evangelio fabricado e inventado por el hombre, que nunca nos ha de llevar a alcanzar los resultados por los cuales Cristo pagó con su vida.

Diferencia entre una perla genuina y una perla fabricada. Todos conocemos las perlas; sea que hayamos tenido algunas o no, al menos, las hemos visto en alguna imagen y sabemos de qué estamos hablando: la perla es una joya muy utilizada en objetos de decoración, mayormente en *bijouterie*.

Hoy en día, la producción de perlas es artificial, es decir, las perlas son cultivadas y elaboradas en determinados lugares para su comercialización. Las perlas a las que Jesús hace referencia en la parábola no eran perlas cultivadas, ya que en aquellos tiempos aún no existía esta producción, sino que eran perlas naturales, algo muy difícil de encontrar hoy, mayormente debido al costo económico que implica, tanto encontrarlas, como luego insertarlas en el mercado.

Las perlas naturales se forman dentro de ciertos moluscos denominados *ostras*, cuando un objeto extraño, como un pequeño grano de arena, se introduce por accidente dentro de ese ser vivo. A modo de defensa contra ese agente extraño, el molusco comienza a generar alrededor de él una cubierta de protección de un material al que conocemos como *nácar*; así, se va formando una esfera brillante y cristalina, que va a recibir el nombre de *perla*. Este proceso no se produce de una semana para la otra; más bien toma

años en completarse, de allí el valor monetario que una gema natural de este tipo puede llegar a tener, valor que se verá sujeto también a las características que la perla pueda tomar en sí misma: una perla preciosa, como la mencionada en la parábola, se distinguirá por tener una piel perfecta, de textura fina, y por estar libre de cualquier mancha, por microscópica que sea. Su color será un blanco prácticamente traslúcido con un brillo iridiscente, se verá perfectamente esférica o, en el caso de que su forma no sea esférica, sino más bien ovalada o en forma de pera, sí lo será su simetría. El propio hecho de que sea un producto natural hace difícil que se encuentren perlas perfectamente redondas, pero mientras más redondas sean, más valiosas serán.

La combinación de su brillantez superficial y su brillo interno le darán un lustre especial, que permitirá el hecho de que uno pueda ver claramente su propio reflejo en su superficie, algo imposible de igualar en el proceso de las perlas cultivadas, las cuales se logran inseminando artificialmente al molusco, en la búsqueda de conseguir la perla, en lo posible, en un menor tiempo y en las cantidades deseadas, pero estas nunca igualarán el valor y la calidad de una perla completamente natural.

En la antigua Roma, el tiempo en el cual Jesús está enseñando la parábola, las perlas eran consideradas el más alto símbolo de riqueza y de posición social. Considerando esta información, podemos comprender por qué el mercader de la parábola se despojó de todo lo que tenía para adquirir esa perla de gran precio, y las cualidades que esa perla tendría.

Un mercader que busca “buenas” perlas. Como podemos ver, un mercader o comerciante tiene hoy la oportunidad de escoger con qué tipo de perlas va a negociar: si con una perla de gran precio, natural, escogida y preciosa, o con una perla de menor valor, producida y fabricada por el hombre. En el tiempo en que Jesús enseñó esta parábola, la calidad de la perla solo estaba sujeta a su forma, a su tamaño, a su brillo y demás; en el presente, nos encontramos con la opción de la perla producida y fabricada por el hombre, pudiendo añadir a esta enseñanza un significado aún más actual: Lamentablemente, algo que debemos reconocer, aunque nos pese, es el hecho de que el hombre se ha enseñoreado, en muchos casos, del Evangelio que Cristo vino a enseñar y predicar, llevándolo a su terreno y corrompiéndolo y pervirtiéndolo con doctrinas y conceptos humanos, llevando a muchos hijos e hijas de Dios a desviarse de la enseñanza pura que Jesús vino a dejarnos. De esta manera, nos vamos a encontrar con que esta

parábola nos hablaría hoy claramente acerca de las dos opciones que tenemos para escoger: si el Evangelio puro, el enseñado por Cristo, tanto en palabra como en ejemplo, que sería la perla preciosa por la cual el mercader vendió todo lo que tenía para hacerse con ella, o el evangelio fabricado e inventado por los hombres, el de las enseñanzas humanas, el de los conceptos desvirtuados de la Palabra de Dios, que estaría representado, en este caso, por las perlas cultivadas, de menor calidad.

El mercader buscaba “buenas” perlas; buscaba la perla preciosa, la valiosa, la genuina y, cuando la encontró, no dudó en vender lo que tuviera que vender con tal de hacerse con ella. De la misma manera, nosotros hoy debemos tener la actitud de buscar continuamente la “perla de gran precio”, el puro Evangelio de Cristo, aquel que no ha sido desvirtuado ni corrompido por el hombre y, cuando lo encontremos, despojarnos de todo lo que pueda llegar a ser de menor calidad, esto es: toda enseñanza contraria a la enseñanza de Jesús; toda doctrina errónea inventada o fabricada por el hombre; todo lo que no encontremos en las palabras y en los hechos registrados en la Biblia reproducidos por Cristo. El Señor nos ha dejado la Biblia como manual de instrucciones para que nosotros sepamos qué es lo que viene de parte de él y qué es lo que el hombre ha “agregado” o “corregido”, buscando “acomodar” el Evangelio a su antojo; que podamos tomarnos el tiempo de conocer la Palabra de Dios, y de tomar de primera mano la enseñanza de Cristo, para no ser engañados ni condicionados al momento de saber qué caminos el Señor nos ha dejado para transitar.

CONCLUSIÓN

Necesitamos aprender que el Reino de los Cielos, el verdadero Evangelio de Cristo, está muy por encima de todo lo inventado e ideado por el hombre, y que vale la pena que nos deshagamos de todo lo que hoy mismo nos esté impidiendo abrazar la genuina enseñanza que Jesús vino a dejarnos como legado.

Clase 7

PARÁBOLA DE LA RED DE PESCA

El Evangelio del Reino de Dios es para todos los hombres

“Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces, y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes”.

Mateo 13: 47-50

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, que el Evangelio del Reino de Dios es para todos los hombres, por lo que no debemos pensar mal cuando encontramos que dentro de él se encuentran personas que no consideramos que tendrían que estar allí.

Una red que recoge de toda clase de peces. Como seres humanos, tenemos una tendencia natural que es a opinar o criticar la manera de ser o la forma de actuar de otras personas y, aunque no nos demos cuenta, muchas veces hacemos lo mismo con Dios, no comprendiendo cómo él actúa, las decisiones que toma o las cosas que permite. A través de esta parábola, el Señor nos está enseñando que el Evangelio del Reino de Dios es para “todos” los hombres; eso significa que todos, absolutamente todos, pueden estar incluidos dentro de él, independientemente de los errores o los fallos que puedan haber cometido, de las malas decisiones que puedan haber tomado, o de los aciertos que los hayan llevado a lograr grandes cosas, tanto para ellos, como para quienes vienen detrás. Pero el hombre, muchas veces, no puede comprender cómo es que “determinadas personas” siguen formando parte del Reino de Dios; personas cuyo historial se conoce, cuyos pecados están a la vista, cuyo malo comportamiento es más que evidente. Muchas personas abandonan el camino de Dios debido a que alguno de sus hijos les falló, los hirió, los traicionó y, “se suponía” que “un hijo de Dios no debía

actuar así". Lo cierto es que Dios nunca nos advirtió que dentro de su Reino encontraríamos gente perfecta; por el contrario, Dios nos da las mismas oportunidades a todos, aplicando la misma gracia y la misma misericordia a todos, entregándonos las mismas oportunidades a todos: el Evangelio del Reino de Dios es absolutamente para todos. Es cierto, tenemos una gran responsabilidad que es la de aprender a tomar las mejores decisiones que nos lleven a ser los hijos e hijas de Dios que él espera que nosotros seamos pero, en el proceso, no se nos ha llamado a juzgar lo que hacen o dejan de hacer otros, sino más bien a hacernos cargo de nuestras propias acciones y de las decisiones que tomamos para que, cuando llegue el momento, el Señor pueda ocuparse tanto de nosotros, como de aquellos que consideramos que no actúan tan bien: la responsabilidad es totalmente individual y personal.

La "clasificación" vendrá al final. Por mucho que nos pese ver cosas que no compartimos o actitudes con las que no estamos de acuerdo, como fue dicho anteriormente, no nos toca a nosotros ser quienes decidan qué fue lo que estuvo bien o qué fue lo que estuvo mal. No seremos nosotros quienes determinen quién actuó correctamente o quién desagradó a Dios con sus acciones. Como bien Jesús nos enseña, serán los ángeles quienes lleven adelante la tarea de "clasificar", si puede caber la expresión, a quienes han hecho lo correcto delante de Dios y a quienes no se han comportado correctamente en su presencia. Será Él mismo quien decida y determine quién recibirá qué recompensa, aplicando su misericordia, pero también su justicia sobre los hijos de los hombres. Por tal razón, no debemos colocarnos en papel de jueces, ni exigir que se haga justicia hoy por hoy en relación con personas que nos han herido, defraudado o se han portado mal con nosotros, o sabemos a ciencia cierta que están pecando delante de Dios. Cuando llegue el momento de dar a cada uno conforme haya sido su obra, el Rey de reyes y el Señor de señores se ocupará personalmente, enviando a sus ángeles para la tarea, y cada uno recibirá lo que esté preparado para él.

CONCLUSIÓN

Dios es un Dios misericordioso, amante y perdonador, paciente y dador de oportunidades; pero también es un Dios justo, que en ninguna manera tendrá por inocente al culpable. Mas no nos toca a nosotros determinar quién es quién; será él, mediante su sabiduría infinita, quien determine qué

recompensa habrá de recibir, al final, cada uno. Mientras tanto, la Gran Red que significa el Reino de los Cielos sigue incluyendo dentro de ella a todo tipo de personas, a toda clase de hombres: que cada uno de nosotros pueda ser responsable de tomar las decisiones correctas que nos lleven a escuchar de la boca de Dios, cuando el momento llegue, las siguientes palabras: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 24:21, 23).

Clase 8

PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA

Cada individuo es más que importante para Dios

“Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquella, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños”.

Mateo 18: 10-14

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, el valor que cada uno de nosotros tiene delante de Dios.

Cada persona es tan importante para Dios, que ha asignado a un ángel específicamente para su cuidado personal. Algunos seres humanos tienen tendencia a despreciar o subestimar a otros seres humanos; por diferencias sociales, de raza, de color, de estatus, algunos suelen sentirse mejores o más importantes que otros por su apellido, nivel económico o intelectual, y cuántas otras razones que podemos llegar a citar. Sin embargo, el punto de vista de Dios es totalmente diferente. Él es el Dios que nos creó y, para él, todos somos iguales; puede que tengamos diferentes formas, rasgos, color de piel o aun tamaño corporal, pero eso no tiene que ver con clasificaciones, sino con la creatividad de Dios al momento de confeccionar su creación. Para él todos somos una misma cosa: humanos. Para él no hay distinción de razas, ni de colores, ni de formatos. Y para él somos muy importantes, así como también valiosos. No solamente dio a su Hijo para que muriese en la cruz, comprando así nuestra salvación eterna, sino que se encargó también de asignarnos un ángel que nos acompañe, que nos guarde,

que nos cuide, que nos proteja, que esté a nuestro lado en nuestro peregrinar por la tierra, para que no estemos solos ni abandonados a la deriva. Y ese ángel está siempre delante de él; le informa de nuestro accionar y de cómo vela por nosotros, porque ha tomado con total responsabilidad la tarea que se le ha encomendado. Así de importantes somos para Dios; por tal razón, no tenemos ningún derecho a subestimar ni menospreciar a ningún otro ser humano, ni afligirnos cuando alguien, en ignorancia, se comporta de esta manera hacia nosotros, porque delante de Dios tenemos exactamente el mismo valor.

El Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido. Existe otra tendencia en muchos de nosotros, que es a pensar que aquellos que están en pecado o viven alejados de Dios solo merecen el castigo por su mal accionar, o no son dignos de misericordia, debido a la gravedad de sus actos delante de Dios. Muchas veces, aun de manera inconsciente, solemos pensar que hay personas que “no merecen el perdón de Dios”, por causa de lo que puedan haber hecho. Y cuando alguna de estas personas tiene un encuentro con Dios, es perdonada, recibe su gracia y su salvación, dentro de nuestro corazón hay una batalla interior, al preguntarnos cómo puede ser que ahora tales personas puedan gozar y disfrutar de todas las bendiciones que disfrutamos nosotros, después de haber sido tan pecadores. Pero es que así funciona la gracia de Dios; él vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido, por lo que debemos alegrarnos cuando ese objetivo es alcanzado con éxito, gozándonos al igual que él porque un alma puede arrepentirse de sus pecados, entregándole su vida para siempre.

Cada persona es irremplazable. Puede haber noventa y nueve ovejas valiosas para el pastor, y pueden venir noventa y nueve más a sumarse al rebaño, pero ninguna va a reemplazar a la número cien que se perdió en el camino. Así de importantes somos para Dios. Sucede lo mismo con una madre que tiene diez hijos, pero pierde uno. Aún le quedan nueve para disfrutar y criar, y pueden venir nueve más a sumarse a la familia; pero el hueco que dejó aquel niño número diez jamás podrá ser ocupado por nadie.

El Pastor nos ama; ama a sus ovejas, a sus hijos, a su rebaño. Para él cada persona ocupa un lugar irremplazable, y no se le pasa por alto cuando alguna decide apartarse de él, tomando decisiones que le lleven a escoger otros caminos. Él saldrá en la búsqueda de esa persona, vaya donde vaya, haga lo que haga y elija lo que elija, y no para castigarla o para juzgarla por

las malas decisiones que eligió tomar, sino por el contrario: para recogerla, para abrazarla con amor, para volverla al redil, sanando toda herida que pueda haber recibido, alimentándola si está hambrienta y saciando su sed. De la misma manera, Dios espera de nosotros que nos comportemos como él. Cuando una persona suele abandonar el camino de Dios, sucede muchas veces que tomamos la actitud de jueces hacia ella, opinando y condenando su mal proceder y sus elecciones, en lugar de salir en su búsqueda, no para “advertirle” acerca de lo malo que le puede llegar a pasar si no vuelve al redil, sino para hacerle saber que el Padre aún la está amando y la espera con brazos abiertos para darle todo su amor.

CONCLUSIÓN

Que podamos tomar la actitud del Señor al momento de mirar a aquel que ha pecado o ha tomado malas decisiones en su caminar con él, así como también a quienes tal vez han cometido terribles pecados que afectaron a muchos pero que, con corazón sincero, han decidido volverse a Cristo y comenzar otra vez. Que nuestra actitud, por encima de todas las cosas, sea el amor, y el amor demostrado en hechos concretos que dejen en evidencia de qué y de Quién estamos siendo llenos.

El mundo espera por la manifestación de los hijos de Dios, y esa manifestación debe ser la manifestación de su amor incondicional y de su gracia inmensurable.

Clase 9

PARÁBOLA DE LOS DOS DEUDORES*Aprendiendo a ser justos y misericordiosos*

“el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A este, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su conservo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros ni no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

Mateo 18: 23-35

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de aprender a ser justos y misericordiosos, tal y como Dios lo ha sido con nosotros.

El primer siervo de esta historia debía al rey 10.000 talentos. El talento era una unidad peso que se usaba en la antigüedad equivalente a 34 Kg. Según los estudiosos, el valor de un talento (34 kg.) de plata en el tiempo del Nuevo Testamento era el equivalente a U\$ 3924 (dólares estadounidenses

hoy), y el valor de un talento (34 Kg.) de oro sería el equivalente a U\$ 228.900. En la historia no se hace aclaración de si la cantidad que el siervo debía era en plata o en oro, pero para que tengamos una idea, si el siervo le debía al rey 10.000 talentos de plata, le debía aproximadamente la suma de U\$ 39.240.000; mientras que, si debía al rey 10.000 talentos de oro, le debía aproximadamente la suma de U\$ 2.289.000.000; es decir: muchísimo dinero, tanto, que era prácticamente imposible que el siervo pudiese algún día llegar a pagárselo.

El segundo hombre de la historia le debía al primero 100 denarios. El denario era una moneda cuyo equivalente actual con el dólar estadounidense sería de U\$ 0,74. Quiere decir que este hombre le estaba debiendo a su consiervo aproximadamente U\$ 74 de hoy; muchísimo menos dinero del que el primer siervo debía al rey.

El primer hombre de la historia no actuó con justicia, no aprendió de su señor. El rey le perdonó a este hombre, como decíamos anteriormente, una deuda que sería imposible que él pudiese llegar a saldar. Sin embargo, a su consiervo, el cual le debía muchísimo menos dinero, él no fue capaz de perdonarlo, sino que lo envió a la cárcel hasta que pudiese pagarle. El hombre no actuó con justicia; no aprendió de la misericordia que el rey tuvo hacia él.

Tal vez los números compartidos anteriormente nos parezcan exagerados, y hasta puede que en el momento en que Jesús los haya compartido lo parecieran también, pero estas fueron palabras que el Señor utilizó para poder ejemplificar y que sus oyentes pudiesen entender cómo actúa la gracia y la misericordia de Dios para con los hombres. El rey, por supuesto, representa a Dios, y nos muestra cómo él actúa con misericordia hacia cada uno de nosotros. Cuando llegamos a él arrepentidos de todos nuestros pecados, él nos recibe con amor, nos perdona, nos abraza, y nos entrega una nueva oportunidad de comenzar a hacer las cosas bien. Nos enseña la Biblia que él arroja en lo profundo del mar nuestros errores y desaciertos, y no se acuerda más de todos nuestros pecados. Pero nosotros, muchas veces, no actuamos con las personas tal como hemos aprendido de parte de Dios. Él nos ha perdonado tal vez errores y pecados hasta imperdonables, y se ha olvidado de ellos; sin embargo, nosotros solemos guardar listas de agravios que otras personas han cometido en contra nuestra, y nos cuesta perdonar pequeñas faltas y errores que han tenido hacia

nosotros. Muchas veces, no somos justos delante de Dios, ya que no actuamos tal como hemos aprendido de él que debemos hacer.

El rey tuvo que aplicar justicia. Aunque el rey había perdonado al siervo, al enterarse de su obrar injusto, no tuvo otra opción que aplicar la justicia que este no había aprendido. Jesús nos enseña que, si nosotros no somos capaces de perdonar a los hombres sus ofensas, tampoco Dios podrá perdonarnos.

Existen situaciones verdaderamente difíciles que hemos tenido que pasar, y muchas veces nos cuesta perdonar a quienes nos han herido, fallado o traicionado. Pero debemos entender que todos nos hemos equivocado y hemos cometido faltas delante de Dios, y que ninguno de nosotros tiene la autoridad ni el derecho para arrojar la primera piedra en contra de ningún hombre. Así como Dios nos ha recibido con amor y misericordia, de la misma manera, nosotros debemos actuar para con los demás. De lo contrario, solamente cosecharemos aquello que hemos sembrado.

CONCLUSIÓN

El hombre a veces se cree justo delante de Dios, ignorando o no teniendo en cuenta la cantidad de veces que le ha fallado, y los errores y faltas graves que ha cometido delante de su presencia. Necesitamos entender que nadie está libre, aún, de volver a fallarle en algún momento; como el apóstol enseña: "El que está firme, mire que no caiga". Debemos aprender a tener un corazón misericordioso para con nuestros hermanos, convirtiéndonos en personas de oportunidades para con otras personas. Porque ninguno de nosotros sabe cuándo puede llegar a necesitar también esa segunda oportunidad. Y el Señor no solamente espera que seamos misericordiosos, sino también que seamos justos: que podamos tratar a los demás tal y como él nos ha tratado a nosotros. De lo contrario, no le estaremos representando en la tierra.

Clase 10

PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA*Conociendo el corazón de Dios*

“el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado unasola hora, y los has hecho iguales anosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”.

Mateo20: 1-16

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, cómo es el corazón de Dios, cómo él ve las cosas y cuál es su actitud hacia los hombres que ha creado.

También nos enseña la importancia de que cada uno de nosotros sepa valorar el lugar al que ha sido llamado y sepa ocuparlo con responsabilidad.

El hombre contrata obreros en diferentes horarios del día:

- Por la mañana, temprano, apenas amanecer.
- A la hora tercera: las nueve de la mañana.
- A la hora sexta: las doce del mediodía.
- A la hora novena: las tres de la tarde.
- A la hora undécima: las cinco de la tarde.

Solo convino un salario con los primeros obreros que contrató. Con los que comenzaron a trabajar temprano por la mañana convino que les pagaría un denario por el día de trabajo. A los demás obreros que contrató no les dijo cuánto les iba a pagar; solamente les dijo que fueran a la viña y que recibirían lo que fuera justo.

El hombre decide pagar a todos un denario. Al llegar la noche, los obreros comenzaron a cobrar su jornal, y observaron que los que se habían sumado en último lugar al trabajo cobraban lo mismo que los que habían estado todo el día trabajando, algo que les disgustó y los llevó a murmurar contra el hombre que los contrató.

El hombre estaba cumpliendo con lo que había prometido. Los obreros creyeron que el hombre no estaba actuando con justicia, pero él les hizo ver que él estaba cumpliendo con lo que les había prometido; lo que hiciera con respecto a los otros obreros no era cosa de ellos, él tenía todo el derecho de pagar a cada uno lo que quisiera pagarles.

Esto nos habla de la soberanía de Dios, de que él es Dueño y Señor de hacer lo que él decida y quiera hacer con los hombres que él ha llamado, y de que a nosotros no nos corresponde cuestionar su manera de actuar. Los obreros que habían trabajado más tiempo murmuraron en contra de quien los contrató: un pecado muy habitual entre los hijos de Dios, murmurar en contra de personas que tienen cierta autoridad espiritual o en contra de hermanos y hermanas en la fe, sin darse cuenta de que, al estar murmurando en contra de una persona a la que Dios llamó, están murmurando, indirectamente, en contra de él.

Aclara que lo hizo porque era bueno. No siempre podemos entender la bondad de Dios. Vemos cómo personas que llegan a él son levantadas, bendecidas y prosperadas, y nosotros que tal vez estamos desde hace mucho tiempo caminando con él y esforzándonos por ser fieles, quizás llevamos esperando ver el cumplimiento de sus promesas o la respuesta a sus oraciones, y estas no llegan. Dios es Padre, y es un Padre que ama a sus hijos con amor eterno, y él decide hacernos bien, tanto a unos como a otros, aunque a nosotros, muchas veces, su obrar no nos parezca justo y equitativo. Esta parábola pretende enseñarnos que nuestro amor a Dios no debe estar sujeto a lo que podamos recibir de él, y que no debemos compararnos con otras personas, viendo qué reciben ellas y qué recibimos nosotros. Por el contrario, debemos ser agradecidos por estar recibiendo cada día su bendición, independientemente de que ciertas oraciones tengan respuesta o no, y aprender también a alegrarnos con aquel que sí está viviendo un tiempo especial con él, aunque a nosotros todavía no nos haya llegado ese tiempo.

“Muchos son llamados, mas pocos escogidos”. Con esta palabra Jesús quiere enseñarnos que no es Dios el que hace diferencia entre los hombres, sino que esa diferencia la hacemos nosotros. Él no hace acepción de personas; él nos ama a todos por igual, y llama a todos los hombres a tener una relación de amistad con él, pero son los hombres los que deciden si quieren tener esa relación, o no. De la misma manera, él llama a muchos a servirle de una forma u otra, en un área u otra, y muchos aceptan el llamado, aunque no todos luego siguen respondiendo de la misma forma a ese llamado. Muchos abandonan al poco tiempo de haberse comprometido; otros no abandonan, pero se toman las cosas livianamente y no toman las decisiones que Dios espera que tomen. Muchos ponen manos a la obra, pero no se esfuerzan por estar a la altura del llamado con el que Dios los ha coronado, sirviéndole de forma mediocre. En cambio, hay hijos que se entregan a Dios y a la causa a la que él los ha llamado por entero. Hijos que se comprometen al ciento por ciento con la responsabilidad que él ha puesto sobre sus hombros. Hijos que siempre están buscando de ir por más, que trabajan, que se esfuerzan, que se capacitan, que no se conforman con lo que han logrado y que siempre están buscando de hacer su trabajo para Dios con excelencia, de la mejor manera posible, en todas las áreas de su vida. Esas personas terminan siendo escogidas para cosas mayores, para sitios o cargos superiores en autoridad y relevancia, cosa que no depende tanto de la decisión de Dios, sino de cuánto ellas se esforzaron por ganarse ese lugar de

privilegio. Que podamos aprender en este tiempo que Dios tiene lo mejor para cada uno de nosotros, pero que mucho dependerá de que nosotros también trabajemos y nos esforcemos por estar a la altura de lo que él se ha propuesto hacer con nuestra vida.

CONCLUSIÓN

A través de esta parábola, Jesús está describiéndonos la forma de pensar y de ver las cosas del Padre. Por supuesto, el hombre que contrataba obreros simboliza a Dios llamando a los hombres a ocupar un sitio en su reino; pero ese sitio, si bien nos ha sido ofrecido a todos, será un lugar que deberemos cuidar y preservar, valorando el privilegio que él nos ha entregado de ser parte de sus filas, sin estar viendo lo que hace el otro, ni lo que él decida hacer con otros. Esta parábola pretende llevarnos, no solamente a conocer el corazón del Padre, sino también a que cada uno de nosotros pueda tomar la determinación de comenzar a ser como él, además de convertirnos en hombres y mujeres entregados por completo a la causa del Evangelio de Cristo, que no es otra que demostrar a los hombres que un mejor estilo de vida es posible para cada uno de ellos: el estilo de vida que Jesús nos enseñó con su ejemplo.

Clase 11

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS***Decidiendo qué tipo de hijos queremos ser***

“Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba... Y él... les dijo:... Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle”.

Mateo21: 23-32

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, que cada uno de nosotros es responsable de elegir la forma en que quiere relacionarse con él: si a través de la religión o a través de la relación; cada una de esas formas tendrá su propio resultado.

El padre representa a Dios, mientras que los dos hijos representan a dos tipos de personas a las cuales Dios ha llamado:

El primer grupo: las que son sinceras delante de Dios; que han dudado al momento de recibir el llamado y hasta han respondido a él negativamente, tal vez por diferentes causas: miedo, duda, inseguridad, complejos, etc. pero que, luego, han terminado tomando la decisión de aceptar ese llamado y rendir sus vidas delante de Dios y de su voluntad para ellas. Es el tipo de personas que elige tener una relación personal con Dios.

El segundo grupo: las que son hipócritas delante de Dios; las que fingen sentir algo que no sienten o estar dispuestas a hacer cosas que luego, no cumplen. Es el tipo de personas que, al momento de recibir el llamado de

parte de Dios, han respondido de forma espontánea, sin meditarlo, sin pensarlo, en una respuesta de índole emocional o llena de orgullo pero que, luego, fueron negligentes y acabaron por no cumplir con lo que prometieron. Es el tipo de personas que elige seguir a Dios de manera religiosa: autómata, en apariencia, sin profundidad.

Los religiosos supieron responder correctamente a la pregunta de Jesús. El tema era sencillo, no era nada complicado; a la vista estaba quién había terminado haciendo la voluntad de Dios y quién no. Los resultados de nuestras decisiones siempre quedan a la vista, claramente, delante de todos: “por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:20).

Jesús puso por delante de los religiosos a los publicanos y a las ramera, porque ellos supieron creer. Los publicanos eran las personas que se dedicaban a cobrar impuestos para el Imperio Romano, un oficio que, a los religiosos, no les parecía digno. Las ramera eran mujeres que, para el criterio de los religiosos, solo merecían la muerte. Ambos oficios representan el tipo de personas que, para el religioso, no son dignas de entrar al reino de los cielos. Sin embargo, Jesús los pone a ellos por delante, garantizándoles esa entrada en primer lugar.

La religión no comprende cómo funciona la gracia. La religión solo impone reglas, requisitos y condiciones a cumplir de parte de los interesados en obtener la bendición de Dios cuando, en realidad, el Evangelio de Cristo se acerca al hombre por gracia. La palabra “gracia” significa “favor no merecido”. La gracia es un don, un obsequio, un regalo que recibimos de parte de Dios, que funciona como un salvoconducto: no debemos hacer nada más para ganarnos el favor y la bendición del cielo que “creer”.

Jesús respalda el ministerio de Juan el Bautista. Muchos predicadores en la actualidad suelen criticar el ministerio de Juan el Bautista, argumentando que representa a la ley, a la religión, a una temporada espiritual anterior. Sin embargo, Juan el Bautista había venido a cumplir una función fundamental en el desarrollo de los planes y propósitos de Dios para la humanidad: él había venido a preparar el camino para la venida de Jesús. Juan rompió con lo establecido viviendo y predicando de una manera que los religiosos no podían aceptar, comenzando con la Reforma espiritual que Dios quería traer, aun antes de que Jesús apareciera en escena, y Jesús siempre lo reconoció, aun después de que fuera Juan asesinado. A través de sus palabras

y de su actitud, Jesús quiere enseñarnos a no menospreciar a aquellos que han sido llamados por Dios a cumplir funciones específicas, estemos o no de acuerdo con su llamado o con su forma de hacer las cosas: cada uno dará cuentas de cómo decidió llevar adelante su ministerio delante de Dios y, tal como Jesús mismo se los adelanta a los sacerdotes: al llegar al reino de los cielos podemos llegar a encontrarnos grandes sorpresas.

Se puede servir a Dios sin fe y sin arrepentimiento. Los religiosos a quienes Jesús les estaba hablando estaban sirviendo a Dios; ellos estaban seguros de estar haciendo la voluntad de Dios. Sin embargo, Jesús les muestra que, en realidad, los pecadores tenían más fe que ellos y, por la misma razón, tendrían mejor resultado.

Jesús no les dice a los religiosos que no entrarán al reino de los cielos; simplemente, les dice que los pecadores entrarán primero. Esto tiene que ver con la recompensa y el reconocimiento que recibamos delante de Dios por causa de las decisiones que hayamos tomado en la tierra. Los religiosos siempre quieren hacernos creer y pensar que son mejores que otros, porque son rectos, porque hacen “todo lo que hay que hacer”; suelen menospreciar a quienes no toman las decisiones que ellos han tomado o no se conducen de la misma manera. Pero Jesús nos enseña que las cosas no funcionan así delante de Dios: lo que nos garantiza su aprobación y su recompensa es el corazón íntegro que cada uno de nosotros elija tener delante de él, lo que nos llevará a conducirnos de la manera que el Padre espera que lo hagamos. Lo que vale delante de Dios no es la religión que elijamos profesar, sino la relación que decidamos tener con él.

CONCLUSIÓN

Dios busca tener con los hombres una relación de amistad; Dios creó al hombre para que sea su amigo. El hombre, en su intento por hacer las cosas bien, inventó la religión, que no es otra cosa que reglas y estructuras que intentan mostraron cómo encontrar a Dios y relacionarnos con él. En cambio, Dios en su lugar extendió la gracia: la aparición de Jesús en escena nos cambió por completo el panorama, brindándonos la posibilidad de acercarnos a Dios mediante la fe y el arrepentimiento genuino de nuestros pecados, para tener una relación de intimidad, de parentesco, fruto de un

amor sincero que brota, tanto del corazón de Dios, como del nuestro en reciprocidad.

El Padre nos espera con los brazos abiertos: no rechazemos la posibilidad de recibir su gracia para entrar en un nuevo tiempo en nuestra relación con él.

Clase 12

PARÁBOLA DE LOS LABRADORES MALVADOS*Entendiendo para qué fuimos creados*

“Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otros mataron, y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará”.

Mateo21: 33-44

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de que comprendamos nuestro lugar dentro del mundo que Dios ha creado y la función que él nos ha llamado a cumplir.

El padre de familia representa a Dios.

La viña que plantó representa al mundo que él creó.

Los labradores a los que la arrendó representan a los hombres que él creó, a quienes encargó la administración del mundo que él hizo con sus manos.

Después de un tiempo, el hombre volvió a buscar los frutos de la viña. Dios hizo al mundo, hizo al hombre, lo colocó en él y le entregó la administración de todo lo que creó; luego, Dios vino al hombre a buscar el fruto de esa administración, y a ver cómo el hombre había llevado adelante la tarea que le encomendó. Pero el hombre, al igual que los labradores de la historia, se adueñó de ese mundo creado por Dios, se olvidó de que era solo un administrador y se creyó con derechos sobre la creación de la cual no era dueño, rechazando a sus enviados y a quienes Dios encargó la tarea de guiarle y conducirlo para que hiciera mejor las cosas, a quienes, además de rechazar, trató con violencia, procurando acabar con sus vidas cuando le fuera posible. No contento con eso, cuando Dios envió a su propio Hijo para realizar esa misma tarea, también a él el hombre lo rechazó, también a él el hombre lo trató con violencia, y también a él lo empujó a una muerte injusta, sufriendo un castigo atroz por crímenes que no había cometido.

¿Qué se espera que haga Dios con respecto a la actitud y al comportamiento del hombre a través de los tiempos? La respuesta de quienes estaban oyendo la historia relatada por Jesús fue totalmente lógica: *"A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo"*. Si pensamos en el propietario de una viña y observamos el accionar corrupto de sus empleados, comprendemos perfectamente la sentencia que pueda llegar a caerles por causa de su comportamiento. Ahora, si reemplazamos las figuras y pensamos en Dios ejecutando su juicio hacia una humanidad que, vez tras vez, lo ha rechazado, adueñándose de su creación para cometer los actos más injustos, crueles y terribles que alguien se pueda imaginar, sacamos la conclusión de que Dios es un Dios tirano, inmisericorde, continuando en la defensa de nuestros derechos cuando, en realidad, hemos sido nosotros quienes nos adueñamos de derechos que nunca se nos entregaron.

Jesús sigue siendo la piedra angular. Jesús es la piedra fundacional, es la base a partir de la cual todo edificio y toda construcción puede llegar a ser levantada con éxito. Quien elija edificar a partir de la base y el fundamento de Jesús, podrá llegar a levantar una construcción sólida, bien constituida, firme,

que difícilmente podrá ser derribada. En cambio, quienes escojan rechazar esa piedra angular, no tienen demasiadas garantías de éxito en lo que emprendan.

El reino de Dios no es para cualquiera. Hay una tendencia en el hombre a creer que merece cosas por las cuales no luchó, ni trabajó, ni se esforzó. Una tendencia a confundir el principio de la gracia de Dios con el derecho a vivir de cualquier manera, argumentando que nada ni nadie nos apartará de ese reino prometido por Dios para sus hijos, olivando el hecho de que el pecado es la única barrera que nos separa de nuestro Creador. Sí, es cierto, la gracia de Dios fluye en abundancia desde la cruz hacia cada uno de nosotros, para perdonar nuestros pecados y limpiar nuestras miserias; pero esa gracia tiene un límite, un límite que no está puesto por Dios, sino por nosotros, y ese límite se llama: *arrepentimiento*. La gracia de Dios no puede fluir donde no hay un genuino arrepentimiento. La gracia de Dios no puede fluir donde no hay una firme decisión de cambiar definitivamente de vida; de abandonar los caminos que desagradan a Dios y de comenzar a andar como él espera que lo hagamos. La gracia de Dios no puede fluir donde no hay un corazón dispuesto a abandonarlo todo con tal de agradar a quien lo creó. *Frutos dignos de arrepentimiento*, ese es el tipo de frutos que se espera que tengamos para ser herederos del reino de Dios. Esta piedra debe ser el fundamento de nuestra relación con él; cuando pretendemos alterar los órdenes, es cuando las cosas no funcionan como deberían hacerlo.

CONCLUSIÓN

La humanidad necesita entender y reconocer que habita un planeta creado por un Dios superior, que es el Dueño de todo lo que existe. Que ese Dios entregó al hombre la administración de ese mundo que creó, y que un día deberá rendir cuentas delante de él acerca de cómo realizó su tarea.

La humanidad necesita entender que la única manera de reconciliarse con su Creador y de tener acceso al reino que él tiene preparado para sus hijos es a través del arrepentimiento de sus pecados y de su determinación a apartarse de él.

La humanidad necesita entender que, a menos que haga de Cristo el fundamento de su existencia, no habrá de alcanzar el objetivo por el cual Dios la creó.

La humanidad necesita entender que todo lo que tiene le pertenece solamente a Dios, incluso, ella misma.

Clase 13

PARÁBOLA DE LA FIESTA DE BODAS

Viviendo a la altura de nuestro llamado

“El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas estos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas.

Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó, y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas lo que fueron convidados no eran dignos.

Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”.

Mateo22: 2-14

Jesús nos enseña, a través de esta parábola, la importancia de llevar una vida acorde al llamado con el que Dios nos ha coronado.

El rey representa a Dios.

El hijo del rey representa a Jesús.

Los convidados a las bodas son todos aquellos a quienes Dios ha llegado, a través de sus siervos, con la Palabra del Evangelio.

Una boda es un compromiso. Lamentablemente, en los tiempos que corren, una boda suele tomarse muy a la ligera. Muchas parejas que deciden casarse no son conscientes de que están dando un paso que es “para toda la vida”, que se están comprometiendo delante de Dios y de las autoridades de una nación para iniciar una nueva familia, sellando un pacto de lealtad y fidelidad mutuas que estará vigente “hasta que la muerte los separe”. Muchos matrimonios, al presentarse inconvenientes, dificultades o situaciones negativas, simplemente toman la decisión de poner punto final a ese pacto hecho de por vida, en lugar de tener la firme determinación de hacer todo lo que esté al alcance con tal de mantener delante de Dios el compromiso tomado. Y la misma actitud se tiene delante del Señor; muchas personas que vienen a Cristo, acostumbradas a que “cuando la cosa se complica” se puede “terminar con el problema” y asunto resuelto, cuando las cosas comienzan a ir de forma que no esperaban, simplemente, se apartan de él, volviendo a sus antiguos caminos o tomando algún otro nuevo. Esa actitud de “probar para ver qué pasa” que solemos tener para todas las alternativas que se nos presentan en la vida, la tenemos también cuando llegamos al Señor, por lo que no se tienen inconvenientes al momento de determinarnos a apartarnos nuevamente de él.

Pero una boda es un pacto, un compromiso, una determinación de caminar con alguien hasta el último minuto de nuestra vida, y esto es lo que el Señor quiere enseñarnos a través de esta parábola; que, así como nos comprometemos con una persona a serle fieles y leales hasta que la muerte nos separe, de la misma manera el Señor espera que nos comprometamos con él, pero lo que se espera es que podamos vivir diariamente sosteniendo ese voto tomado con el Señor, así como también trabajamos a diario en sostener los votos realizados con las personas.

Aunque los invitados no acepten la invitación, las bodas se llevarán adelante de todas formas. Dios tiene planes para la humanidad, y esos planes han de llevarse a cabo, aunque muchos de los que han sido invitados a formar parte de esos planes decidan rechazar esa invitación, o se enreden o distraigan con otras cuestiones que nada tienen que ver con ellos. Y aunque muchos sean los que rechacen ese llamado de parte de Dios y decidan vivir para su propio reino o sus propios asuntos, de todas maneras, el Señor saldrá a llamar a quienes sí acepten ser parte de su obrar sobre la tierra para darles participación en sus diseños divinos.

Estar dentro de la fiesta no significa estar a la altura de ella. Cuando el rey entró a la fiesta, se encontró con un hombre que no estaba vestido para la ocasión; se encontró con un hombre que no estaba a la altura de las circunstancias.

La invitación había sido extendida a todos: malos y buenos, dignos e indignos, justos e injustos, y muchos habían asistido. Ahora bien, no todos estaban a la altura del lugar que se les había ofrecido. En particular, el hombre de la historia no se ocupó de vestirse para la ocasión: no se ocupó de sus ropas. La Biblia nos enseña que las vestiduras representan nuestras acciones, justas o injustas. Una persona que sirve a Dios nunca debe descuidar sus vestiduras: sus ropas deben estar blancas, limpias, resplandecientes, no por una cuestión religiosa, sino por una disposición a vivir a la altura del llamado con el que ha sido coronada. Esto es lo que Dios espera de nosotros: que diariamente nos ocupemos de ser los hijos e hijas que él espera que nosotros seamos.

Muchos son llamados, pero pocos escogidos. Como lo hemos visto en clases anteriores, ser parte del reino de Dios y poder contarnos entre las filas de los seguidores de Cristo no significa que estemos caminando de la manera que Dios espera que lo hagamos. Aunque hemos sido llamados por gracia y hemos sido bendecidos con un llamamiento santo a ser parte de los diseños superiores de Dios, nos corresponde a nosotros escoger la manera en que queremos conducirnos, de manera que podamos agradar al Padre en todo lo que hagamos. Él nos ha dado la oportunidad de seguirle y servirle, pero estará en nosotros responder a esa oportunidad de la manera que él lo espera.

CONCLUSIÓN

Dios espera que tomemos un compromiso serio con él; que decidamos seguirle y servirle, no por lo que él pueda darnos o pueda hacer por nosotros, sino simplemente porque le amamos, y porque estamos dispuestos a responder al amor que él nos ha demostrado a nosotros enviando a Jesús a morir por nuestros pecados. Y ese compromiso se demuestra a través de nuestros actos, de nuestras acciones y nuestras decisiones. Que podamos, cada día de nuestra vida, tomar la firme determinación de seguir y de agradar

a Dios en todo, para poder llegar al final de nuestra jornada en condiciones de recibir el premio y la recompensa prometida para nosotros.

Clase 14

PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES***Preparados para la venida de Cristo***

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a la prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir”.

Mateo25: 1-13

Jesús, en esta parábola, nos enseña la importancia de estar preparados, alertas y en condiciones para cuando él venga a buscar a su Iglesia.

La segunda venida de Cristo es real. Aunque muchos han tratado de negarlo, la Biblia nos es clara en cuanto a los sucesos que tendrán lugar en un futuro del cual desconocemos día y hora, tal y como el propio Jesús lo dejó claro (Mateo 24:36). Si leemos el contexto del capítulo 25 de Mateo, vamos a comprender que el Señor les está hablando a sus discípulos acerca de estos sucesos, los cuales giran en torno a lo que denominamos “La segunda venida de Cristo” o “Rapto de la Iglesia” o “Arrebatamiento”. Durante este suceso,

según lo describió Jesús, y también el apóstol Pablo, todas las personas en el mundo que han abierto su corazón a la presencia del Señor y que han aceptado su salvación y su muerte en expiación por sus pecados, habrán de ser tomadas, "arrebatadas", para ir a vivir para siempre en los cielos con el Señor. La Biblia nos enseña que Jesús descenderá del cielo, y que todos los creyentes, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecerán de la tierra, yéndose con Cristo para siempre (Mateo 24; 1º Tesalonicenses 4: 13-18; 5: 1-11).

Las diez vírgenes de la historia. En esta parábola, el Señor nos habla de diez vírgenes; cinco de ellas fueron prudentes, pero las otras cinco fueron insensatas.

Las vírgenes prudentes representan a los hombres y mujeres que han decidido llevar adelante una vida conforme a lo que Dios espera de ellos: imitando a Jesús, acatando su enseñanza, sus consejos, procurando a diario agradar a Dios en todo, teniendo cuidado de su salvación y ocupándose de ella en todo tiempo (Hebreos 2: 1-3; Filipenses 2:12).

Las vírgenes insensatas representan a las personas que han decidido dejar a Dios a un lado en sus vidas; que han decidido vivir su vida a su propia manera, sin tener en cuenta las enseñanzas y mandamientos de la Palabra de Dios, tomando sus propias decisiones y menospreciando lo que Dios pueda opinar al respecto.

Cuando el momento de la venida de Cristo llegue, tal y como sucedió en días del diluvio universal, muchos han de querer ser tenidos en cuenta también para ser salvados y rescatados del caos en el que el mundo ha de quedar inmerso, pero solo aquellos que se ocuparon de estar preparados para aquel suceso serán los que habrán de ser tomados por el Señor (Mateo 24: 38-39).

El aceite es lo que hace funcionar la lámpara. Podríamos decir que el aceite es "la vida" de la lámpara. De la misma manera, se espera que cada uno de nosotros pueda ocuparse de mantener y llevar adelante su propia vida espiritual.

Cristo hizo un sacrificio para salvarnos de nuestros pecados; él resolvió en su muerte en la cruz la cuestión que nos separaba eternamente de nuestro Creador, derramando su sangre para limpieza de nuestras iniquidades. Ahora, nos corresponde a nosotros cuidar de esa salvación y de ese regalo que por gracia se nos ha hecho, viviendo a la altura de la vida que Dios espera que nosotros vivamos. El sacrificio de Cristo fue por amor a toda la humanidad;

ahora, nos corresponde a nosotros responder a ese amor viviendo de tal manera que ese sacrificio no sea en vano.

“Velar” es estar alerta. Uno está atento a lo que le importa. Cuando queremos saber el resultado de un juego deportivo, cuando queremos estar al tanto de algo que está aconteciendo, cuando queremos saber cómo se ha de desarrollar determinado acontecimiento, estamos atentos, alertas, ya sea a la radio, a la televisión o al medio a través del cual hemos de tener conocimiento de la noticia que esperamos. Cuando esperamos la llegada de alguien a nuestro hogar, muchos solemos salir de tanto en tanto para ver si llega, o nos asomamos a las ventanas para ver si vemos a esa persona acercarse, eso es estar alertas: velando.

Quien vela, no duerme; no se da permiso para distraerse ni para perderse nada de lo que pueda ocurrir. De la misma manera, se espera de nosotros que podamos estar despiertos, atentos a nuestros caminos, velando por ellos y por nuestra salvación, para que nada ni nadie nos distraiga, nos desenfoque ni nos influencie para tomar decisiones que no debemos tomar. Se espera que estemos atentos a nuestra vida espiritual y a la condición espiritual requerida para ser parte activa en los planes y los diseños de Dios para la tierra.

CONCLUSIÓN

Dios no espera que llevemos adelante una vida rutinaria y religiosa. Él no espera que seamos autómatas que repitamos continuamente rituales que nos hagan mejores personas. Él solo espera que le amemos, en retribución de lo que Cristo ha hecho para salvarnos y con el deseo de pasar nuestra eternidad a su lado; él nos creó para eso.

Cuando uno ama a alguien, no se esfuerza por querer agradarle, no se esfuerza por complacerlo; el agradar o complacer a alguien es el resultado del amor que se tiene por esa persona. Cuando uno ama a alguien no hace nada que pueda dañar o perjudicar la relación, porque todo el tiempo está deseando el bien de esa otra persona. De la misma manera, nuestra vida espiritual no ha de ser el resultado de una serie de esfuerzos sobrehumanos para estar en las condiciones requeridas, sino el resultado de un genuino

amor hacia el Dios que nos creó y que se encargó de resolver las cuestiones que nos separaban de él.

Que podamos amar al Señor de tal manera que no haya nada ni nadie que pueda llegar a interponerse entre su Persona y nosotros; como una consecuencia directa, esto hará que estemos listos y en condiciones para cuando su segunda venida tome lugar sobre la tierra.

Clase 15

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS*Administrando lo que Dios nos ha entregado*

“Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”.

Mateo25: 14-30

Jesús, en esta parábola, nos enseña la importancia de saber administrar lo que el Señor nos ha entregado.

El hombre que entregó los talentos a sus siervos representa a Dios, mientras que esos siervos nos representan a nosotros.

El talento. Era una moneda que se utilizaba en la antigüedad. El hombre de esta historia, antes de irse de viaje, puso sus bienes en manos de sus siervos con la expectativa de que ellos supieran administrarlos sabiamente, de manera que pudieran tener ganancias de ellos a su regreso. Representa la actitud que Dios tuvo al crear al hombre y poner en sus manos sus bienes, sus riquezas: la vida, la creación. Dios hizo al mundo y se lo entregó al hombre para que este lo administrase conforme a su capacidad, para que fuese dueño y señor de esa creación, para que la trabajara y la hiciera reeditar, para la que la hiciera fructificar. Asimismo, Dios nos dio la vida, para que pudiésemos aprender a llevarla adelante conforme a su voluntad y conforme a sus propósitos y diseños para la humanidad. El hombre se ha adueñado de esa riqueza que Dios le entregó, creyéndose con derechos sobre bienes que, en realidad, no le pertenecen, sino que le fueron entregados con el único propósito de aprender a administrarlos conforme a la voluntad de su Dueño y Señor.

Repartió los talentos conforme a la capacidad de cada uno. Sin duda alguna, el hombre de la historia conocía el carácter y la personalidad de cada uno de sus siervos; por tal razón, sabía cuánto dinero debía entregar a cada uno. Sabía cuál de ellos habría de traerle mejor rédito y sabía cuál de ellos no iba a tener ganancia alguna, y por eso entregó la cantidad que entregó a cada uno.

Dios nos conoce mejor que nadie, y sabe cuál es nuestra actitud frente a la vida, frente a las situaciones y circunstancias que tenemos que atravesar, y aun frente a su Persona y a lo que él espera de cada uno de nosotros. Sabe quién está más interesado en cumplir con su Palabra y quién no, sabe quién le ama de verdad y lo ha hecho el centro de sus pensamientos, y sabe quién está totalmente desinteresado de su voluntad y de sus caminos. De todas formas, a todos él nos ha entregado sus bienes y riquezas: nos dio una vida, y ha puesto en las manos de todos nosotros esa creación que hizo para que administremos y, tal como el hombre de la historia, un día vendrá a buscar que rindamos cuenta de lo que hemos hecho con lo que nos dio. A quienes él

ha visto más comprometidos, ha entregado más responsabilidad, y a quienes ha visto más descuidados y desinteresados, ha entregado menos, pero todos tendremos que dar cuentas un día delante de él acerca de lo que hicimos con esa vida que él nos dio y con esa creación, que no son nuestras.

Cada uno tendrá su justa recompensa. Tal como los siervos de la historia, cada uno habrá de tener la recompensa que corresponda a las decisiones que haya tomado sobre la tierra. Aquel que decidió hacer redituar y fructificar lo que Dios le entregó, recibirá un aplauso y una felicitación de parte de Dios, además del privilegio de participar de su herencia en la eternidad, mientras que aquel que no tuvo en cuenta su participación en el funcionamiento de los diseños de Dios sobre la tierra y que simplemente decidió quedarse al margen, no comprometiéndose ni abrazando desafíos mayores, no recibirá absolutamente nada de parte de Dios.

El siervo inútil. Cuando el señor de la historia se refiere al siervo negligente lo llama "siervo inútil". Este siervo, pudiendo haber sido de gran utilidad para traer multiplicación y bendición a la casa de su señor, simplemente escogió no comprometerse, dejar que otros lo hicieran, quedarse mirando, sin interesarle el deseo de su señor de hacer fructificar lo que él había puesto en sus manos.

Cada uno de nosotros ha sido creado con un propósito de parte de Dios, y ese propósito tiene que ver con que podamos ponernos en las manos de Dios para ser siervos útiles en sus manos, dispuestos a hacer su voluntad y a ser parte de sus diseños y de sus planes sobre la tierra; eso es lo que él espera de cada uno de sus siervos.

CONCLUSIÓN

Dios hizo al hombre como corona de una creación sin igual; dio a ese hombre gracia, talentos, aptitudes, inteligencia, sabiduría, para que este pudiese desarrollarlos y llenar la tierra de beneficios y productividad. El hombre, como decíamos anteriormente, se ha apropiado y adueñado de lo que se le fue entregado, no teniendo en cuenta la realidad de que un día deberá dar explicaciones de cómo ha sido su paso por la tierra y lo que ha hecho con la vida y las riquezas naturales que le fueron confiadas.

Dios espera de cada uno de nosotros, no solamente que seamos fieles, responsables y que cuidemos de lo que es Suyo, sino que también nos comprometamos y nos involucremos con el desarrollo de sus diseños y de sus planes para la humanidad, de manera que sea su voluntad la que prevalezca en todo momento.

Dios está buscando hijos e hijas dispuestos a ponerse en sus manos para ser siervos “útiles” con los que él pueda contar para seguir desarrollando sus propósitos para la humanidad. Que en el momento en que él regrese pueda encontrarse con que fuimos diligentes y responsables con la vida que él nos entregó, y con que supimos tomar las mejores decisiones de manera que los bienes que puso en nuestras manos dieron su fruto y nos encontramos bendecidos y siendo una bendición, también, para los demás.

Clase 16

PARÁBOLA DEL CRECIMIENTO DE LA SEMILLA

Entendiendo cómo funciona el reino de Dios

“Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra, y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga, y cuando el fruto está maduro, enseguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado”.

Marcos 4: 26-29

Jesús, en esta parábola, nos enseña la importancia de saber administrar lo que el Señor nos ha entregado.

El hombre que siembra la semilla en la tierra representa a Dios.

La semilla es la Palabra de Dios: Lucas 8:11.

Dios envía su palabra a los hombres con un propósito. “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isaías 55: 10-11).

No siempre el hombre conoce el propósito con el que la palabra de Dios fue enviada a la tierra. El hombre de la parábola, como Jesús lo describe, simplemente echó la semilla en la tierra, y luego continuó con su vida, dejando que la naturaleza siguiera su cauce y sucediera lo que debía suceder con la semilla sembrada, desconociendo la forma en que aquello tendría lugar. De la misma manera, cuando Dios envía su palabra a la tierra, el hombre muchas veces desconoce el propósito por el cual Dios la envía, desconoce el tipo de suelo en que esa semilla cayó, desconoce cómo esa semilla “prendió” en la tierra, comenzó a recibir humedad y empezó a brotar,

y a germinar y a crecer. En ese desconocimiento, muchas veces el hombre juzga, saca deducciones, opina y dictamina cosas, debido al hecho de que, frente a sus ojos, aparentemente, no está sucediendo nada; pero la obra de Dios, aunque el hombre no pueda verla, se desarrolla en lo oculto, fuera de la vista, en la intimidad: “Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas” (Eclesiastés 11:5). Aunque a simple vista pareciera que la semilla se perdió en la tierra y la obra no se está realizando, debemos siempre tener presente que, tal y como Dios mismo lo dijo, su palabra nunca vuelve a él vacía, sino que desciende, hace en el hombre lo que él quiere que haga, y luego vuelve a él en forma de frutos.

Dios es un Dios de ciclos. Jesús explicaba en la parábola el ciclo natural que sigue el crecimiento de una planta: primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga, y luego el fruto está maduro. Y ese mismo fruto sirve luego para ser vuelto a sembrar para dar comienzo al ciclo nuevamente.

Dios es un Dios de ciclos, y él siempre se ha movido en forma cíclica sobre los hombres. Envía su palabra, su palabra produce algo en el hombre, ese proceso da frutos que son entregados luego a Dios, y así Dios vuelve a enviar su palabra y el ciclo vuelve a empezar. Sea cual sea el momento del ciclo en que nos encontremos, debemos saber y estar seguros de que la obra de Dios se está llevando adelante en nosotros. Tal vez hemos recibido su palabra, y esta está haciendo su obra dentro de nosotros; tal vez, ya estamos dando frutos, que son entregados a Dios para alabanza de su nombre. Tal vez, nos encontramos a la espera de que Dios vuelva a enviar su palabra para dar el siguiente paso. Sea cual sea el momento en que nos encontremos, sepamos que así funcionan las cosas en el reino de los cielos: pase lo que pase y venga lo que venga, no tardaremos en pasar al siguiente nivel.

La hoz tarde o temprano llegará. La hoz se usa para cosechar el fruto. Dios siempre va a esperar el fruto de nosotros, el fruto de su palabra sembrada en nuestro corazón. Nuestras decisiones pueden retrasar el fruto, pero Dios tendrá paciencia y esperará a que por fin tomemos las decisiones que debemos tomar para que su obra sea realizada en nosotros y para que, así, su palabra termine cumpliéndose (Oseas 5:15).

CONCLUSIÓN

Dios es el Señor de toda la creación, y eso incluye a toda la humanidad. Él está sentado sobre el círculo de la tierra (Isaías 40:22), atento a todo lo que sucede entre los hombres que él creó. Y él está llevando adelante sus planes y sus propósitos sobre cada uno de ellos, aunque en apariencia las cosas se vean de forma totalmente opuesta. A su tiempo, conforme a sus ciclos y a los periodos que él ha establecido, cada cosa ocurrirá como deba ocurrir, conformando el perfecto plan de Dios sobre los hombres.

Clase 17

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

La esencia del verdadero Evangelio de Cristo

“Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”.

Lucas 10: 30-36

Jesús, en esta parábola, nos enseña cómo debemos ser y actuar para con nuestro prójimo.

Los cargos y títulos no nos hacen parecernos a Dios. Jesús vino al mundo a enseñar al hombre un nuevo estilo de vida basado en el amor a Dios y en el amor al prójimo. Lo demostró con su propio ejemplo, amando a todos los que se acercaron a él, fuesen de la condición social que fuesen y perteneciesen a la familia o linaje al que pertenecieran. En la historia que él está poniendo como ejemplo, menciona primeramente a un sacerdote, un siervo de Dios que, viendo al hombre en necesidad, simplemente, pasó de largo. Luego, menciona a un levita, un miembro de la tribu de Leví consagrado para dedicarse al cuidado de las cosas santas en el templo de Dios, quien también pasó de largo. Pero en tercer lugar menciona a un samaritano, un extranjero, miembro de un pueblo que por siglos había estado enemistado con el pueblo de Dios, Israel. Este, pasando por alto su lugar de procedencia y las diferencias que pudiese llegar a tener con el hombre que

estaba herido a un costado del camino, fue movido a misericordia y, no solamente se detuvo para asistirle, sino que además lo llevó a un lugar en el que pudiese tener tiempo para recuperarse, atendiéndole personalmente mientras pudo, y pagando a alguien para que lo hiciera cuando tuvo otras tareas que hacer. Jesús termina la parábola preguntándole a su interlocutor cuál de esos tres hombres le parecía que había actuado correctamente hacia el hombre herido, mostrando claramente que el último de ellos, el samaritano, el extranjero, el que no tenía título ni cargo eclesiástico, había sido el que había actuado no solo de forma correcta, sino también de la manera en que Jesús mismo lo hubiera hecho si hubiera estado en su lugar.

Jesús nos demuestra en esta parábola que el hecho de que podamos tener títulos o lugares de autoridad o preeminencia de cualquier tipo no nos hace personas “especiales”, ni quiere decir que estemos haciendo o no la voluntad de Dios, sino que lo que el Señor demanda de cada uno de nosotros es que podamos imitarle a él, imitar su manera de ser y su forma de actuar, para comportarnos de la manera en que él nos ha enseñado que debemos hacerlo, con el amor al prójimo como principal premisa en todos nuestros actos.

La sencillez del Evangelio de Cristo. Muchos, al compartir esta parábola, se enfocan en el significado del aceite, del vino, de las vendas, de los denarios, etc., etc., etc. Pero el Evangelio de Cristo es sencillo, y Jesús no buscaba que nos enfocáramos en significados secundarios e irrelevantes, sino por el contrario: la pregunta de Jesús está centrada en la actitud que cada uno de nosotros debe tomar hacia las personas que le rodean, independientemente de quiénes ellos sean, de cuál sea su raza, su condición, su situación o estilo de vida. No nos corresponde a nosotros señalar, juzgar ni segregar o hacer diferencias hacia las demás personas; a nosotros nos corresponde amarlas, tal como son, tal como están. Procurar sanar y vendar sus heridas, si es que las tienen, cuidar de ellos y no buscar hacerles aún más daño del que puedan haber recibido. Interesarnos por el que sufre, por el que está caído al costado del camino, por el que no tiene las fuerzas para levantarse del momento difícil que pueda estar atravesando. A nosotros nos corresponde comportarnos como Jesús lo haría si estuviese en nuestro lugar. Él es el Buen Samaritano de esta historia. Él es nuestro ejemplo al momento de saber cómo debemos conducirnos. Y de él recibiremos la recompensa por cada gesto de amor que tengamos hacia otros, aunque no debemos actuar tampoco interesados por esa recompensa.

CONCLUSIÓN

Dios está buscando hombres y mujeres simples y sencillos, que dejen de volar en la estratosfera buscando terminologías difíciles e incomprensibles para lucirse con su mensaje, que pongan los pies en la tierra, con ojos abiertos para ver la realidad que les rodea, y que se determinen a actuar como Jesús actuaría si estuviera en sus zapatos. Esa es la verdadera esencia del Evangelio de Cristo.

Clase 18

PARÁBOLA DEL RICO INSENSATO

El verdadero significado de nuestra existencia

“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios”.
Lucas 12: 16-21

Jesús, en esta parábola, nos enseña cuál es el principal objetivo que debemos perseguir en nuestra vida.

No está mal tener abundancia; lo malo es poner en el corazón en las riquezas. El hombre de la historia demostraba claramente un corazón lleno de orgullo por las riquezas que había logrado acumular, al punto de pensar en destruir sus graneros y construir graneros mayores, para seguir acopiando sus bienes.

En la Biblia encontramos muchos casos de personas que fueron ricas y que también servían a Dios. La Biblia no está en contra de las riquezas materiales; lo que sí aconseja es la banalidad de depositar el corazón en esas riquezas, como si estas fueran todopoderosas y eternas. Cuando la Persona de Dios es reemplazada en nuestro interior por cualquier otro elemento como, en este caso, las riquezas, es la idolatría la que pasa a estar gobernándonos.

“La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. Esta declaración la hace Jesús, un instante antes de relatar la

parábola (Lucas 12:15). A través de esta historia, lo que él quiere ejemplificarnos es que todos los bienes y riquezas que podamos acumular no nos servirán de nada al momento de tener que partir de este mundo, cosa que todos llegaremos a hacer un día. Entonces, cuando ese momento llegue, ¿qué será lo que suceda? ¿Cuál será nuestro siguiente paso, nuestra próxima estación?

La vida se nos ha entregado con un propósito y un objetivo primordial: prepararnos para la eternidad. Es en nuestro tiempo de vida sobre la tierra que debemos tomar decisiones; primeramente, debemos decidir dónde habremos de pasar la eternidad que dará comienzo en el momento de nuestra muerte física. Si aceptamos a Cristo y su redención en la cruz por nuestros pecados, la Biblia nos enseña que pasaremos nuestra eternidad junto a él. Pero si rechazamos a Cristo, no teniendo interés ni amor por el sacrificio realizado por Jesús en beneficio de la humanidad, estamos destinados a pasar nuestra eternidad lejos de su lado.

Luego, tenemos la oportunidad de utilizar nuestro tiempo de vida en beneficio del mundo en el cual el Señor nos ha colocado. Para eso, tenemos dones, talentos, habilidades, y también recursos. Como decíamos, no es malo tener riquezas y abundancia, y es lo ideal que esas riquezas y esa abundancia puedan ser utilizadas en beneficio de aquellos que nos rodean, ya sea en nuestro círculo cercano, como en aquellos que están un poco más lejos. ¡Qué diferente hubiera sido la parábola si este hombre que se jactaba de tener tantas riquezas, en lugar de pensar en agrandar sus graneros, hubiera pensado en distribuir las entre los que menos tenían!

CONCLUSIÓN

Si hay algo que Dios quiere enseñarnos a través de su Palabra, es la importancia de pensar en el prójimo: en el necesitado, en el que sufre, en el que padece aflicción. Que Dios pueda encontrarnos con un corazón lo suficientemente grande como para contener el amor, no solo por él y por nosotros mismos, sino también por el otro, que él quiere depositar en nosotros, de manera que todo lo que hagamos y todo lo que tengamos no muera con nosotros el día de nuestra muerte, sino que se utilizado para bendecir, tanto a la presente generación, como a las futuras. Recuerda: cada gesto, cada detalle, cada acción que realizas es una semilla que se siembra en tu generación; un día, verás los frutos de todo lo que diste con amor y se gozará tu alma con gran alegría.

Clase 19

PARÁBOLA DE LA HIGUERA ESTÉRIL

El verdadero significado de nuestra existencia

“Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”.

Lucas 13: 6-9

Jesús, en esta parábola, nos enseña cuál es el principal objetivo que debemos perseguir en nuestra vida.

No está mal tener abundancia; lo malo es poner en el corazón en las riquezas. El hombre de la historia demostraba claramente un corazón lleno de orgullo por las riquezas que había logrado acumular, al punto de pensar en destruir sus graneros y construir graneros mayores, para seguir acopiando sus bienes.

En la Biblia encontramos muchos casos de personas que fueron ricas y que también servían a Dios. La Biblia no está en contra de las riquezas materiales; lo que sí aconseja es la banalidad de depositar el corazón en esas riquezas, como si estas fueran todopoderosas y eternas. Cuando la Persona de Dios es reemplazada en nuestro interior por cualquier otro elemento como, en este caso, las riquezas, es la idolatría la que pasa a estar gobernándonos.

“La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. Esta declaración la hace Jesús, un instante antes de relatar la parábola (Lucas 12:15). A través de esta historia, lo que él quiere

ejemplificarnos es que todos los bienes y riquezas que podamos acumular no nos servirán de nada al momento de tener que partir de este mundo, cosa que todos llegaremos a hacer un día. Entonces, cuando ese momento llegue, ¿qué será lo que suceda? ¿Cuál será nuestro siguiente paso, nuestra próxima estación?

La vida se nos ha entregado con un propósito y un objetivo primordial: prepararnos para la eternidad. Es en nuestro tiempo de vida sobre la tierra que debemos tomar decisiones; primeramente, debemos decidir dónde habremos de pasar la eternidad que dará comienzo en el momento de nuestra muerte física. Si aceptamos a Cristo y su redención en la cruz por nuestros pecados, la Biblia nos enseña que pasaremos nuestra eternidad junto a él. Pero si rechazamos a Cristo, no teniendo interés ni amor por el sacrificio realizado por Jesús en beneficio de la humanidad, estamos destinados a pasar nuestra eternidad lejos de su lado.

Luego, tenemos la oportunidad de utilizar nuestro tiempo de vida en beneficio del mundo en el cual el Señor nos ha colocado. Para eso, tenemos dones, talentos, habilidades, y también recursos. Como decíamos, no es malo tener riquezas y abundancia, y es lo ideal que esas riquezas y esa abundancia puedan ser utilizadas en beneficio de aquellos que nos rodean, ya sea en nuestro círculo cercano, como en aquellos que están un poco más lejos. ¡Qué diferente hubiera sido la parábola si este hombre que se jactaba de tener tantas riquezas, en lugar de pensar en agrandar sus graneros, hubiera pensado en distribuir las entre los que menos tenían!

CONCLUSIÓN

Si hay algo que Dios quiere enseñarnos a través de su Palabra, es la importancia de pensar en el prójimo: en el necesitado, en el que sufre, en el que padece aflicción. Que Dios pueda encontrarnos con un corazón lo suficientemente grande como para contener el amor, no solo por él y por nosotros mismos, sino también por el otro, que él quiere depositar en nosotros, de manera que todo lo que hagamos y todo lo que tengamos no muera con nosotros el día de nuestra muerte, sino que se utilizado para bendecir, tanto a la presente generación, como a las futuras. Recuerda: cada gesto, cada detalle, cada acción que realizas es una semilla que se siembra en tu generación; un día, verás los frutos de todo lo que diste con amor y se gozará tu alma con gran alegría.

Clase 20

PARÁBOLA DE LA GRAN CENA*Un sitio en el corazón del Padre*

“Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro digo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Dijo el señor al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena”.

Lucas 14: 16-24

Jesús, en esta parábola, nos muestra el corazón de Dios, y que cada persona que lo acepte tiene un lugar por la eternidad en él.

El señor que preparó la cena, también descrito como el “padre de familia”, representa a Dios, y la cena representa la salvación y la vida eterna que él preparó para “muchos”. Tal como lo describe Jesús en su parábola, Dios ha preparado para los hombres la salvación eterna, lo que significa una vida por siempre en los cielos junto a él y, para tener acceso a ella, él ha extendido su invitación.

El señor envió a su siervo a dar aviso de que ya estaba todo preparado, de que el momento de acudir a la cita había llegado. Dios siempre envía a sus siervos a anunciar a los hombres que el momento de

encontrarse con él ha llegado, aunque no siempre todos los hombres están dispuestos a aceptar la invitación.

Las excusas de los invitados. Así como los invitados de la parábola pusieron excusas para no acudir a la cena, de la misma manera muchas veces los hombres ponen también excusas para no encontrarse con Dios, o dan prioridad a otras cosas.

El primero de los invitados se excusó diciendo que había comprado una hacienda y debía atenderla. Esta hacienda representa su casa: su familia. Muchas personas no quieren acercarse a Dios y ponen como excusa su familia, la no-aprobación de esta, o la negativa de sus seres queridos a tener una vida espiritual.

Otro de los invitados se excusó manifestando que había comprado cinco yuntas de bueyes, y debía ir a probarlos. Los bueyes representan el trabajo; muchas personas dicen no tener tiempo para Dios en sus vidas porque están ocupadas trabajando, sea para mantener a los suyos, como para acumular riquezas.

Otro de los invitados se excusó diciendo que acababa de casarse y, por lo tanto, no podía ir. Esto nos habla de los sentimientos humanos y las relaciones. Muchas personas ponen en primer lugar su vida sentimental, no estando dispuestas a dejarla de lado para encontrarse con Dios.

Así, podemos encontrar muchas excusas que las personas utilizan al momento de responder a la invitación que están recibiendo de arriba.

El padre de familia se enojó ante la respuesta de los invitados, y esto hizo que se abriera la invitación para otras personas que antes no habían estado en la lista. El señor envió a su siervo a traer a las personas que realmente iban a valorar la invitación: los que estaban en las plazas, en las calles, pobres, mancos, cojos, ciegos, personas en necesidad, despreciadas por la sociedad, no tenidas en cuenta. Estas personas, sin lugar a dudas, iban a valorar la invitación y la iban a agradecer, porque tal vez nadie había pensado en ellas antes. De la misma manera, al recibir la negativa de muchas de las personas escogidas por Dios, él extendió la invitación a muchos que, humanamente y al parecer: no la merecían. Sin embargo, Dios abrió su corazón a quienes sí pudiesen atesorar lo que él tuviese para darles.

Aunque se había hecho como él había dicho, el siervo informó que todavía había más lugar. Esto hizo que el padre de familia enviara a buscar a

más personas para participar de su fiesta. El corazón del Padre sigue ensanchándose a medida que más y más hijos aceptan la invitación de acercarse a él; y siempre que haya quien desee tener una relación de intimidad con su Persona, encontrará sus brazos abiertos para disfrutar, no solo de un momento de bendición, sino además de una eternidad a su lado.

CONCLUSIÓN

El corazón de Dios está abierto para toda la humanidad. Muchos de los que fueron convidados a participar de su Reino, lamentablemente, han decidido quedarse fuera de él, prefiriendo dar prioridad a otras cosas. Pero muchos son también los que han preferido darle el primer lugar de sus vidas a Dios, lo que hace que el corazón del Padre siga ensanchándose y enviando a sus siervos a anunciar que todavía hay lugar en él, y que no se va a detener "hasta que se llene su casa".

Clase 21

PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA

Cuando las palabras no alcanzan

“Entonces él les refirió una parábola diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”.

Lucas 15: 3-7

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos que, a veces, con las palabras no es suficiente: se nos requiere la acción.

Para cualquier hombre natural una sola oveja es importante. Una sola oveja para cualquier hombre natural es muy importante, al punto de apartarse, si es necesario de “las noventa y nueve” con tal de salir a encontrar a la que se perdió. De la misma manera, Jesús busca motivarnos a entender que, para Dios, cada persona cuenta. Cada persona es importante en el corazón del Padre, y eso espera él que nosotros sintamos; que podamos dar a cada persona, a cada individuo, el valor que el Padre le ha dado al entregar a su Hijo para morir por sus pecados, siendo capaces de dejar nuestro sitio tal vez de comodidad, tal vez de conformismo, yendo en busca de aquel “uno” que se ha quedado en el camino o que se ha perdido tras luces que brillaron distrayéndole.

El gozo en los cielos es grande cuando un pecador se arrepiente. Y cada uno de nosotros puede convertirse en un provocador de fiestas en los cielos. Es cierto que no podemos entrar en el corazón de la otra persona para provocar arrepentimiento, ya que eso es algo personal, pero sí podemos

llegar a ser motivo de inspiración para que otro tome las decisiones correctas, siendo luces que alumbren en lugares oscuros. Si podemos tomar el compromiso con nuestra generación de mostrarle el camino, a través de nuestros actos, de nuestras decisiones y de nuestras elecciones, podemos llegar a tocar cientos de vidas que se mueven a nuestro alrededor observando, aunque no nos demos cuenta, nuestra forma de ser y nuestra forma de conducirnos.

Una acción puede mal que mil palabras. El hombre de la parábola no alzó su voz para que la oveja volviera al redil: él salió a buscarla. Accionó; no se quedó simplemente esperando que la oveja volviera u obedeciera a sus órdenes. A veces, no es tan necesario que hablemos, sino que actuemos. Tal vez no llegue tanto a otros nuestro hablar, como nuestro andar. Si podemos tomar la responsabilidad de “ser” la Iglesia en cada lugar en el que nos encontremos, no solamente hablando de Dios, sino mostrándolo con nuestros hechos, demostrando su amor, siendo sus manos, su boca, sus pies para esta generación, podríamos llegar a lograr que muchas más ovejas volvieran al redil y que la fiesta en los cielos no se terminara nunca.

CONCLUSIÓN

La sociedad en la que vivimos está esperando que los verdaderos hijos de Dios se “muestren”. La gente está cansada de palabras que no conducen a ningún sitio; la gente quiere “hechos” que demuestren nuestros principios y nuestras convicciones. La gente está esperando ver a Dios en nosotros.

Que podamos determinarnos en este tiempo a ser esos faros de luz que hemos sido llamados a ser, no simplemente hablando de la fe que profesamos, sino también actuando en consecuencia.

Clase 22

PARÁBOLA DE LA MONEDA PERDIDA

Cada individuo es importante

“¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”.

Lucas 15: 8-10

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos el valor que cada persona debe tener para nosotros.

Una simple moneda es importante. Para la gran mayoría de nosotros, una moneda es importante. De hecho, por menos valor que tengan, las juntamos y las guardamos en un lugar específico porque sabemos que, aunque individualmente tengan poco valor, juntas pueden alcanzar una gran suma. En la historia que Jesús relata, la mujer tenía diez dracmas y había perdido una. Podría haberse relajado y haber pensado que, más tarde, luego, cuando pudiera, la buscaría; pero ella sabía que la suma de las diez dracmas no estaba completa: faltaba la que se había perdido. De la misma manera, el Señor quiere llevarnos a entender el valor que tenemos dentro de su Cuerpo, que es la Iglesia. Tal vez, individualmente tenemos limitaciones, carencias, estamos incompletos, pero cuando estamos juntos, como Cuerpo, como hijos de Dios, nuestro valor se ve altamente incrementado.

No hemos sido hechos para estar solos, sino que hemos sido hechos para vivir en sociedad, para cohabitar, para coexistir; por eso, tal y como el Señor pudo verlo al momento de crear al ser humano: no es bueno que el hombre esté solo. Es importante que haya familia, amistades, relaciones, entorno, para que una persona pueda desarrollarse y desarrollar sus aptitudes, capacidades y talentos.

No es bueno que una persona esté aislada del Cuerpo; si alguna se perdió, se aisló, quedó a un costado, es necesario que el resto del Cuerpo imite a la mujer de nuestra historia: encienda la luz y comience a buscar a ese miembro aislado, y no descansa hasta encontrarlo.

La mujer encendió la luz. Siempre que uno quiere ver con mayor claridad, aunque sea de día, enciende una lámpara, corre las cortinas, provoca que la luz invada el lugar en el cual desea buscar. La Biblia nos enseña, y Jesús mismo lo dijo, que él es la luz del mundo. Si queremos salir o comenzar a buscar esas “monedas perdidas” que se han aislado del Cuerpo, deberemos encender la luz y ponerla en alto: deberemos llevar a Jesús por delante de nosotros. Esto significa que cada uno de nosotros pueda tener el objetivo de ir a buscar a esa “moneda perdida”, no en la fuerza ni motivación humana, sino porque es el interés de Jesús que ese miembro que se aisló “vuelva a casa”, vuelva a ser parte de Cuerpo.

La mujer barrió la casa. Siempre que nos disponemos a buscar algo, nos encontramos, inevitablemente, con suciedad o desorden que no tiene por qué estar allí. Nos encontramos cosas están fuera de lugar, cosas que ya no sirven pero de las que aún no nos hemos deshecho, en fin: siempre que buscamos algo que hemos perdido, aprovechamos la oportunidad para hacer una limpieza que vemos que está haciendo falta. De la misma manera, a veces las “monedas” se pierden porque también hay suciedad o cosas desordenadas que no tienen por qué estar allí. Aun en la Iglesia, en el Cuerpo de Cristo, a veces suceden cosas que no tienen por qué suceder; hay veces que hay desórdenes que no tienen por qué existir, y alguien se tiene que ocupar de ordenar lo desordenado. Y no nos estamos refiriendo a la Iglesia como institución, sino al rol que cada uno de nosotros ocupa dentro de ese Cuerpo.

Cada uno de nosotros es la Iglesia. Eso significa que cada uno de nosotros tiene responsabilidad que cumplir y un lugar que ocupar dentro del Cuerpo. Cada uno de nosotros debe ocuparse de tener su lugar limpio y ordenado: su propia vida, su corazón, sus caminos delante de Dios. Cuando podemos ocuparnos de nuestros caminos, procurando tener limpieza y orden, siendo responsables de nuestra propia vida, entonces estamos en condiciones de poder “encontrar la moneda perdida”, es decir: salir a buscar a nuestro hermano y traerlo a un sitio en donde pueda sentirse cómodo y a

gusto, ya que nos ocupamos de dejar el lugar en condiciones para que así sea.

La mujer buscó con diligencia hasta encontrarla. Quiere decir que no buscó “por encima”, sin ganas, sin motivación, descuidadamente, sino todo lo contrario: puso todos sus esfuerzos y todos sus sentidos en encontrar la moneda.

Nuestros hermanos son importantes; cada uno de ellos es importante para Dios, y lo mismo espera que sintamos nosotros. Que seamos capaces de salir, no solamente de nuestra comodidad, sino también de nuestro conformismo al momento de tener que cambiar cosas en nosotros, para que ellos puedan sentirse mejor. Tal vez, eso signifique pedir perdón, cambiar alguna actitud o deponer alguna postura que hizo que alguien se alejara de nosotros. Cuando verdaderamente queremos conseguir algo, somos capaces de hacer todo lo que está a nuestro alcance para lograrlo; esa debiera ser nuestra actitud hacia los hermanos que se han aislado del Cuerpo.

La mujer reunió a sus amigas para celebrar que había encontrado la moneda. Cuando tenemos la bendición de “recuperar” a algún hermano o hermana, la idea es que nos alegremos y hagamos fiesta, y no que saquemos a relucir una lista con reproches o correcciones. Lamentablemente, muchas veces se tiene la costumbre de esperar a la persona que “regresa” al Cuerpo con una serie de recriminaciones por causa de las malas decisiones que pueda haber tomado. Como dice el final de la parábola: en el cielo hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente, por un hijo que vuelve a casa, por un miembro que regresa al Cuerpo. Lo mismo debe suceder en nosotros: los reproches y recriminaciones deben ser reemplazados por la alegría de recuperar a quien se había perdido.

CONCLUSIÓN

Si hay algo que Jesús busca enseñarnos, tanto en esta parábola como en todas las que podemos leer en la Biblia, es a actuar como él lo haría si estuviera en nuestro lugar. Él es nuestro principal ejemplo; quien, cuando llegamos a él, no nos estaba esperando para condenarnos o culparnos por nuestro pasado o nuestros errores, sino que nos esperó con amor, con sus brazos extendidos y con su misericordia, listo para perdonarnos, abrazarnos y

contenernos. Así espera él que seamos para con una generación que necesita encontrar en nosotros el amor de Dios.

Clase 23

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

La importancia del comprender al otro y del respeto por las libertades individuales

“También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde, y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en sus manos, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho

matar para él el becerro gordo. Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”.

Lucas 15: 11-32

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos la importancia de poder comprender a las demás personas, cuando estas tienen que pasar por situaciones por las que nosotros nunca pasamos y, tal vez, nunca nos toque atravesar, así como también la importancia de poder aprender a respetar la libertad de elección y decisión que el otro tiene, no molestándonos cuando sus decisiones no concuerdan con las que nosotros tomaríamos.

El padre de esta historia representa a Dios. Según lo que Jesús relata, cuando el hijo menor de este hombre le pide la parte de los bienes familiares que le corresponde, el hombre no argumenta, no pregunta, no confronta; más bien acepta la petición de su hijo y, sin cuestionar, reparte a ambos – tanto al que lo pidió, como al que no – los bienes que le correspondían.

En la actitud de este hombre se puede ver la actitud que toma Dios frente a las decisiones que toman sus hijos. Sin dudas, este hombre no estaba de acuerdo con la decisión de su hijo menor y le pesó en su corazón tener que entregarle su parte de los bienes, sobre todo por el hecho de que, como todo padre, él seguramente conocía a su hijo y sabía cómo él iba a terminar. Sin embargo, el padre tomó una actitud de respeto hacia la voluntad y la libertad individual de su hijo.

La misma actitud toma Dios hacia cada uno de nosotros; si bien es cierto que él tiene una voluntad, un propósito y un diseño planeado para cada uno de sus hijos, jamás él tiene la actitud de obligarnos a aceptar esa voluntad, ese propósito y ese diseño sino, por el contrario, pone delante de nosotros sus caminos y nos entrega la libertad de escogerlos, o no; de transitar por ellos, o no; de aceptar su voluntad para nuestras vidas, o no. Muy a su pesar, muchas veces tiene que vernos escoger cosas que él nunca pensó para nosotros, y muchas veces tiene que permitir que nos equivoquemos, que erremos, que fallemos, no por no tener misericordia ni compasión hacia nosotros, sino porque él nos respeta y respeta la libertad que nos ha entregado para que seamos nosotros quienes decidamos, por nosotros mismos, qué es lo que queremos hacer con nuestra vida.

El hijo menor “volvió en sí”. Sin dudas, él no estaba pensando con claridad. Se dejó llevar por sus impulsos, por sus ansias de conocer el mundo, la vida, los placeres; se dio el lujo de malgastar todos sus bienes “viviendo perdidamente” pero, cuando no tuvo nada, cuando se quedó solo, deseando aún la comida de los cerdos que apacentaba, “volvió en sí”; reaccionó, se dio cuenta del error que había cometido, se dio cuenta de que no había actuado bien y, automáticamente, el arrepentimiento subió a su corazón, lo que le llevó a tomar una nueva decisión: la decisión de volver sobre sus pasos, de desandar el camino andado y regresar al principio, al Plan Original, al lugar del cual nunca se tendría que haber ido.

Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos errado en nuestro proceder. Tomamos una decisión que no debíamos, tomamos un camino o un atajo por el cual no debíamos ir, nos involucramos en una actividad o en una tarea que no estaba planificada para nosotros. Y estas malas decisiones, en la mayoría de los casos, suelen traernos malas y graves consecuencias. Lo bueno es que siempre estamos a tiempo de “volver en nosotros”; siempre estamos a tiempo de recapacitar, de recobrar el sentido, de reaccionar de nuestro error o de la falta que hayamos cometido, y siempre estamos a tiempo de regresar, de volver sobre nuestros pasos en dirección al diseño original, a lo que Dios había planificado para nosotros, al lugar del cual nunca debíamos habernos ido.

Nunca es tarde para volver y retomar nuestra vida a partir del punto en el cual tomamos el camino incorrecto, dispuestos a presentarnos, tal como el joven de esta historia, delante de nuestro Padre, reconociendo nuestro error y estando dispuestos a servirle nuevamente, de la manera que él lo disponga.

La demostración de amor del padre. Cuando el hijo volvió a él, el padre no estaba esperándolo para castigarlo, reprocharle o hacerle ver cuánto se había equivocado. Por el contrario: el padre estaba esperándolo para restaurarlo a su estado original. Estaba esperándolo para devolverle todo lo que había perdido: su lugar de “hijo”, con todo lo que aquello implicaba.

Nuestro Padre celestial jamás estará esperándonos con vara para castigar nuestros errores, si es que estamos verdaderamente arrepentidos de habernos equivocado y si nuestra actitud es la de rendirnos delante de su presencia para volver a ser lo que él había diseñado que fuéramos. Al contrario: él está esperando que hagamos eso; él está esperando que regresemos al diseño original, a los planes y propósitos que dibujó para

nosotros desde antes de la fundación del mundo, esperando aún que nuestros errores nos hayan servido de experiencia y de enseñanza para saber que no debemos volver a cometerlos. Y está esperándonos para devolvernos todo aquello que perdimos: para restituirnos al lugar al que de verdad pertenecemos.

La actitud del hermano mayor. Recordemos que, el hermano mayor, también había recibido su parte de los bienes, al igual que su hermano. La diferencia estuvo en que él decidió quedarse al lado de su padre cuando su hermano menor decidió irse; por lo tanto, ambos hermanos no vivieron las mismas cosas, no atravesaron las mismas circunstancias, no se encontraron en las mismas situaciones y, cuando sucedió el regreso de su hermano y el recibimiento de su padre, en él solo hubo “incomprensión”, y reaccionó montando una escena de celos.

Nos cuesta mucho entender a las personas cuando no hemos pasado por lo mismo que a ellas les ha tocado vivir y en seguida somos tendientes a enojarnos, a molestarnos, a juzgar y hasta criticar sus acciones y actitudes, sin poder ponernos en la piel de ellas para tratar de comprender lo que tuvieron que pasar y el porqué de las decisiones que tomaron. Cuando somos nosotros los que nos equivocamos, pretendemos que los demás nos entiendan, se pongan en nuestros zapatos, comprendan lo que hemos vivido; pero cuando se trata de los demás, nuestra actitud suele ser muy diferente.

Si hay algo que el Padre está esperando de nosotros, es que maduremos por fin al punto de poder entender que debemos ocuparnos de nosotros, y solo de nosotros mismos; de nuestras decisiones, de nuestras elecciones, y de las consecuencias que estas puedan llegar a traernos, dejando a los demás en la libertad de hacer con sus vidas lo que realmente quieran hacer, a pesar de que no estemos de acuerdo y de que no nos agraden las decisiones que tomen. Pero, cuando estos “reaccionen”, cuando “vuelvan en sí”, que también nosotros sepamos respetarlos y entender que todos estamos aprendiendo en el camino de la vida, y que no estamos para juzgarles ni para condenarles, sino para comprender que, tal vez, mañana podemos llegar a ser nosotros los que se equivoquen, y allí vamos a necesitar de quien sí sepa comprendernos y tendernos una mano.

CONCLUSIÓN

El objetivo del Señor, a través de su Palabra, es llevarnos a actuar como él actuaría si estuviera en nuestro lugar. En nosotros está el decidir cómo queremos ser y a quién queremos imitar. Ejemplos, tenemos de sobra; pero el mejor de ellos es el de nuestro Maestro, que voluntariamente descendió del cielo para ponerse en nuestros zapatos y mostrarnos cómo se debe vivir la vida que Dios nos obsequió. Que podamos elegir a diario seguirle, no solamente por las bendiciones que podamos recibir de él, sino por lo que podamos aprender y aplicar a nuestra vida, convirtiéndonos así en verdaderos faros de luz que puedan alumbrar las tinieblas más oscuras.

Clase 24

PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL*La importancia de tener las cosas claras*

“Jesús les contó la siguiente historia a sus discípulos: Había cierto hombre rico que tenía un administrador que manejaba sus negocios. Un día llegó la noticia de que el administrador estaba malgastando el dinero de su patrón. Entonces el patrón lo llamó le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Prepara un informe final porque voy a despedirte. El administrador pensó: ¿Y ahora qué haré? Mi jefe me ha despedido. No tengo fuerzas para cavar zanjas y soy demasiado orgulloso para mendigar. Ah, ya sé cómo asegurarme de que tendré muchos amigos que me recibirán en sus casas cuando mi patrón me despida. Entonces invitó a todo el que le debía dinero a su patrón para conversar sobre la situación. Le preguntó al primero: ¿Cuánto debes a mi patrón? El hombre contestó: Le debo tres mil litros de aceite de oliva. Entonces el administrador le dijo: Toma la factura y cámbiala a mil quinientos litros. Le preguntó al siguiente: ¿Cuánto le debes tú? Le debo mil medidas de trigo, respondió. Toma la factura y cámbiala a ochocientas medidas, le dijo. El hombre rico tuvo que admirar a este pícaro deshonesto por su astucia. Y la verdad es que los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz al lidiar con el mundo que los rodea. Aquí está la lección: usen sus recursos mundanos para beneficiar a otros y para hacer amigos. Entonces, cuando esas posesiones terrenales se acaben, ellos les darán la bienvenida a un hogar eterno. Si son fieles en las cosas pequeñas, serán fieles en las grandes; pero si son deshonestos en las cosas pequeñas, no actuarán con honradez en las responsabilidades más grandes. Entonces, si no son confiables con las riquezas mundanas, ¿quién les confiará las verdaderas riquezas del cielo?; y si no son fieles con las cosas de otras personas, ¿por qué se les debería confiar lo que es de ustedes? Nadie puede servir a dos amos. Pues odiará a uno y amará al otro; será leal a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero.

Los fariseos, que amaban mucho su dinero, oyeron todo eso y se burlaron de Jesús. Entonces él les dijo: A ustedes les encanta aparecer como personas rectas en público, pero Dios conoce el corazón. Lo que este mundo honra es detestable a los ojos de Dios”.

Lucas 16: 1-15

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos la importancia de aprender a tener conceptos y criterios claros en cuanto a la manera en que debemos conducirnos y llevar adelante la vida que nos obsequió, sin dejarnos engañar ni distraer por la forma de pensar del mundo que nos rodea.

El Señor describe, a través de esta historia, la manera en que se conduce la gente que no teme a Dios. A través del ejemplo del amo y del mayordomo infiel, el Señor está describiendo la forma en que la gente que no teme a Dios lleva adelante sus asuntos: con sagacidad, con astucia, con falta de transparencia, aprovechando cada oportunidad que tiene delante para sacar ventaja de ellas, mintiendo cuando es necesario, disfrazando la realidad y aparentando ser algo que no son. Como fruto de sus “manejos”, muchas veces las cosas les van “bien”, son prosperados y “se salen con la suya” y, al igual que el amo de la historia alabó la conducta del mayordomo infiel, así también las personas que no temen a Dios se aplauden unas a otras por haber sido sagaces y astutas al momento de procurar lograr sus objetivos, independientemente de que se hayan conducido “legalmente” o no.

Jesús establece una diferencia entre “los hijos de este mundo” y “los hijos de la luz”. Los primeros incluyen a las personas anteriormente mencionadas: las que no temen a Dios. Los segundos describen a quienes sí han abierto y dispuesto su corazón para permitir que sea el Espíritu de Dios quien habite en él y procuran diariamente andar en sus caminos, siguiendo su Palabra, su enseñanza y sus consejos. Jesús está diciendo que los hijos de este mundo son astutos y sagaces, de lo que podemos entender claramente que los hijos de la luz no deben conducirse de la misma manera, sino por el contrario: procurando la honestidad, la honradez y la transparencia en todo lo que hacen. Por esta razón, afirma que, quien no es fiel en lo poco, nunca podrá ser fiel en lo mucho, y que quien no ha aprendido a ser responsable en las cosas pequeñas, nunca podrá estar a cargo de las cosas grandes, ya que todo depende de la actitud que la personas tengan hacia unas y otras.

La enseñanza de esta parábola. La enseñanza de esta parábola está encerrada en el versículo 15 del capítulo 16, cuando Jesús desnuda el corazón de los fariseos denunciando su hipocresía, falsedad y amor por las riquezas: “A ustedes les encanta aparecer como personas rectas en público, pero Dios conoce el corazón. Lo que este mundo honra es detestable a los ojos de Dios”. Estas palabras resumen la enseñanza de la historia relatada por el Señor: el mundo puede alabar la manera de actuar de muchas personas que se conducen desleal y deshonestamente, pero esto no significa que hagan lo correcto y, mucho menos, que tengan la bendición de Dios.

CONCLUSIÓN

Algo importante que debemos aprender como hijos de Dios es que lo que el mundo aprueba, alaba y aplaude, para Dios es abominación, es detestable, es ofensivo; ofende su carácter santo y la enseñanza de su Palabra, por lo que no debemos caer en el error de “ponernos de acuerdo” con la manera de pensar de muchas personas, así como de su manera de conducirse en relación con la vida que Dios le ha obsequiado para vivir. Hay una sola verdad valedera, y es la verdad del Evangelio que Cristo vino a enseñar y predicar, y a ella debemos ajustarnos, conformarnos y sujetarnos. Todas las demás corrientes de pensamiento, criterios y puntos de vista, que no estén ajustados y conformados a la enseñanza y al parecer de Cristo, no son alternativas válidas para incorporar a nuestra forma de pensar.

Clase 25

PARÁBOLA DE LA VIUDA Y EL JUEZ INJUSTO***Lo que realmente cuenta***

“También les refirió Jesús una parábola sobre la importancia de orar siempre y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”.

Lucas 18: 1-8

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos la importancia de entender que no se trata de lo que podamos recibir de él, sino de lo que tengamos para entregarle cada vez que él venga a nosotros.

La viuda representa al débil y al desvalido. El Señor pone como ejemplo en esta parábola a una mujer, con el agregado de encontrarse en la condición de “viuda”. Recordemos que, por aquellos tiempos, la mujer siempre estaba relegada a un segundo plano, por ser una sociedad machista la que imperaba, por lo que ya el hecho de estar hablando de una mujer nos está hablando de la parte “débil”; mucho más, si le agregamos el detalle de que esa mujer carecía del respaldo, la compañía y la cobertura (protección) que un esposo podía llegar a proporcionarle.

El juez injusto representa a los sistemas reinantes en medio de los que habitamos y nos movemos. Hay sistemas de poder que imperan hoy en día, en medio de los cuales nos vemos en la obligación de vivir, movernos y

trabajar. En la mayoría de los casos, esos sistemas no son, precisamente, “justos”, ya que están establecidos y gobiernan para las masas, proclamando procurar la igualdad de los individuos, generando leyes y dictámenes que pretenden involucrarnos a todos bajo esa supuesta igualdad, sea en demandas, como en recompensas o castigos, por lo que el sentido de “individualidad” se pierde, encontrándonos en la condición de tener que ser “uno más” dentro de un montón que se verá beneficiado por los mismos beneficios o perjudicado por los mismos perjuicios que “desde la cabeza” han de descender para todos. Así se encontraba la mujer de esta historia: débil e indefensa frente a un sistema supuestamente imparcial (no teme a Dios ni a hombre) que proclamaba gobernar “con justicia” para todos, pero sin ocuparse específicamente de los individuos que en verdad necesitaban de la aplicación de esa justicia.

El sistema tiene sus propios códigos. El propio juez de la historia podía declarar que él no temía a Dios ni a hombre, esto es, en otras palabras: “No me sujeto a la voluntad de Dios ni tampoco a la de los hombres”, proclamaba “imparcialidad”.

Muchos de los sistemas reinantes en medio de los cuales vivimos y nos movemos proclaman ser objetivos, ser imparciales, mantenerse por fuera de los factores que pueden llegar a influir en las decisiones o en los dictámenes que puedan tomar cuando, en realidad, cada uno de ellos tiene sus propios códigos y sus propios parámetros, que son los que los dirigen y los motivan a la hora de ejercer su gobierno, y estos, muchas veces, también dejan fuera la voluntad de Dios, pero no la voluntad de algún sector de la sociedad que sí se verá beneficiado por las medidas o decisiones que ese sistema vaya a tomar, por lo que esa supuesta imparcialidad es totalmente ficticia.

La viuda no dejó de insistir. Aunque se veía difícil que el juez injusto pudiera llegar a tener la deferencia de prestar atención, siquiera, a esta viuda que clamaba delante de él, ella no dejó de clamar, no dejó de insistir, no dejó de presentar su causa delante de él, en la esperanza y la fe de que el corazón de este juez fuese movido a misericordia. El resultado de su actitud fue la respuesta positiva de parte de juez que, no solamente le prestó atención, sino que también actuó de la forma en que ella esperaba que lo hiciera, aunque más no fuera, para que esta viuda dejara de importunarlo. La insistencia y persistencia de la viuda lograron el objetivo que esta perseguía.

El Señor es claro al momento de relatar esta historia, refiriéndose a la importancia de orar siempre y no desmayar: no dejar de creer, no bajar los brazos, no perder la esperanza. Está poniendo como ejemplo a un juez injusto que, aunque no tenía temor ni de Dios ni de los hombres, sin embargo, pudo ser movido a misericordia, respondiendo ante la viuda como esta esperaba que lo hiciera, independientemente de que sus “motivos” fueran simplemente “no tener que soportarla más”. Y, como él mismo lo dice: ¿cuánto más Dios, en el infinito amor que tiene hacia sus hijos, habrá de responder a quienes pueden ser capaces de clamar delante de él día y noche por sus necesidades?

Lo que realmente cuenta en esta historia. El punto más importante de esta historia se encuentra en la pregunta que el Señor agrega como conclusión a su relato: “Cuando el Hijo del Hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?”.

Hoy él “viene”, se acerca a cada uno de nosotros; tal vez, estamos cansados de creer y esperar el milagro que tanto hemos estado anhelando. Tal vez, hemos clamado intensamente por muchos días y muchas noches, y no hemos visto aquello que nuestro corazón deseaba. Pero el punto más importante de esto no es, en realidad, si nuestras oraciones fueron respondidas o no; el punto más importante es si seguimos teniendo fe, aun cuando no hemos tenido la experiencia de que el Juez nos “haga justicia”.

CONCLUSIÓN

Debemos entender que nuestro paso por la tierra es corto y efímero, comparado con una eternidad que habremos de pasar a su lado. Como él mismo nos adelantó, en este mundo tendremos aflicción, pasaremos por momentos duros y por situaciones difíciles; pero lo que realmente contará no será lo que logremos alcanzar en nuestro paso por la tierra, sino la fe que hayamos podido alimentar en cada paso que dimos sobre ella, ya que Jesús no viene a nosotros en busca de nuestros logros, de nuestros éxitos o de nuestros trofeos: Jesús solo viene a nosotros en busca de nuestra fe. ¿Será que podrá hallarla sin problemas?

Clase 26

PARÁBOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO

La actitud correcta al momento de presentarnos delante de Dios

“A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”.

Lucas 18: 9-14

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos la importancia de mantenernos humildes delante de Dios, no creyéndonos más ni mejores que nadie, ya que la obra más importante fue la que él realizó por nosotros, y no lo que nosotros podamos hacer para él.

Los dos hombres de la historia pertenecían al pueblo de Dios. Tanto el fariseo: un religioso, como el publicano: un cobrador de impuestos que trabajaba para el Imperio Romano, pertenecían al pueblo de Dios, ambos eran hijos de Dios, salvo que tenían ideologías y trabajos diferentes. En este ejemplo de Jesús podemos encontrar escondida la realidad de que, aun siendo hijos e hijas de Dios y siendo parte de sus hijos, de su pueblo, de la Iglesia, podemos tener distintas formas y maneras de pensar, aunque haya algo que nos une inquebrantablemente, que es la fe que poseemos, la que nos lleva a presentarnos a diario delante de Dios y a levantar nuestras oraciones delante de él, tal como lo hacían estos hombres.

El fariseo se creía más y mejor persona que el publicano. De acuerdo con lo que el fariseo detalla: que no era ladrón, que era un hombre justo, que no era adúltero, que ayunaba dos veces a la semana, que daba los diezmos de todo lo que ganaba, el fariseo estaba entregado a la vida religiosa y, por tal razón, se creía mejor persona que el publicano, juzgándolo por el tipo de vida que este llevaba, desconociendo en realidad el corazón del publicano y la vida de comunión e intimidad con Dios que este pudiera tener. Así somos, muchas veces hoy; desconociendo el interior de otras personas, las juzgamos porque no viven como nosotros, porque no realizan las mismas tareas que nosotros realizamos o porque no llevan una vida “tan espiritual” como la que nosotros llevamos. Lo cierto es que quien verdaderamente conoce la vida espiritual de cada persona, de cada ser humano, es Dios; nosotros no podemos juzgar a otras personas porque tal vez no llevan adelante las mismas tareas que nosotros hacemos para Dios, o porque tal vez no han entendido las cosas de la forma en que nosotros las hemos entendido. Cada uno lleva adelante su propia vida con Dios, y de ella tendrá que dar cuenta delante de él cuando esta se termine. Mientras tanto, nos toca presentarnos a diario delante de él con humildad, reconociendo nuestras propias faltas, nuestras propias limitaciones y nuestras luchas personales, quitando nuestro ojo crítico de los demás y permitiendo que cada uno sea responsable de su propia vida delante de Dios, ya que será él quien determine en su momento quién ha sido cómo y quién merece tal o cual recompensa.

El publicano solo clamaba por la misericordia de Dios. Este hombre también podría haber tomado una postura de crítica hacia el religioso que oraba de forma altiva, menospreciándolo y subestimándolo con su oración. Sin embargo, él solo se enfocó en su condición de pecador y en su necesidad de la gracia de Dios para continuar adelante. Esta actitud agradó el corazón de Dios, y este tuvo su primera bendición: descendió a su casa justificado antes que el otro.

No son nuestras buenas obras ni las proezas que podamos realizar para Dios las que hacen que obtengamos un favor de su parte; lo que a Dios agrada es un corazón contrito y humillado, que se rinde delante de él reconociendo su necesidad de gracia y misericordia, que se ocupa de sí mismo y de resolver sus propias cuestiones internas. Un corazón así, tiene el favor de Dios en todo lo que hace.

El religioso también fue justificado. Jesús aclara que el publicano descendió a su casa justificado “antes” que el otro; esto significa que el religioso también se llevó su bendición, aunque debió “orar un rato más” por ella.

Dios se relaciona con cada uno de sus hijos de manera personal e individual. Conoce los defectos, errores y pecados de cada uno de ellos, pero los ama de igual manera y está dispuesto a tenerles paciencia hasta el último día de sus vidas sobre la tierra. Dios comprende que no todos sus hijos tienen el mismo entendimiento y la misma madurez, y esto no lo condiciona al momento de extenderles su gracia y su favor. Para el fariseo, eran más importantes las obras que él hacía que la obra que Dios podía realizar en el corazón del hombre; pero el publicano había entendido cómo funcionan las cosas en Dios, y rápidamente recibió lo que había ido buscando; en cambio, el religioso, que se apoyaba en su propia justicia y en buscar el favor de Dios “a su manera”, en forma humana, carnal, debió seguir esforzándose un poco más en su parte humana para recibir, por fin, la bendición de Dios.

Dios nos ama, está dispuesto a esperarnos y a bendecirnos siempre, pero también él siempre va a respetar nuestra forma de ver las cosas y nuestra manera de conducirnos delante de él, y si nosotros hemos elegido buscarle en nuestra carne, a nuestra manera, guiándonos por nuestras propias formas o por nuestro entendimiento, de seguro tendremos su respuesta y su bendición, pero hemos de esforzarnos un poco más, ya que así lo hemos decidido.

CONCLUSIÓN

Dios ya lo ha hecho todo por nosotros. La cuestión del pecado y la separación eterna de él ya fue resuelta cuando él envió a Jesús a morir por la humanidad. No necesitamos llevar adelante una vida religiosa o cumplir con ciertos requisitos al momento de presentarnos delante de Dios. Él nos ama, tal y como somos, y siempre que tengamos consciencia de nuestros pecados y busquemos mantenernos a cuentas con él, no hay otra cosa que se nos demande más que amarle, temerle (que significa respetarle), seguirle y obedecerle en todas sus directivas. No necesitamos hacer otra cosa para ganar su favor: su favor ya nos fue obsequiado en cada gota de sangre que caía de la cruz. Cuando seamos conscientes de esta realidad, ya no tendremos necesidad de presentarnos delante de Dios comparándonos con nadie y ya

no nos creeremos mejor que otros por el simple hecho de haber entendido las cosas de manera diferente.

Clase 27

PARÁBOLA DE LAS DIEZ MINAS

La importancia de estar preparados para lo que Dios nos quiere entregar

“prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver y llamando a diez siervo suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a este dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas. Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí”.

Lucas 19: 11-27

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos que todos necesitamos de un tiempo de preparación y de una formación especial para ocupar puestos y

lugares a los cuales él pueda habernos llamado, así como también para hacernos cargo de ciertas responsabilidades que él nos quiere entregar.

La razón por la cual Jesús les contó esa parábola. Algo interesante que el evangelista nos aclara es la razón o el motivo por el cual Jesús les cuenta esta parábola a sus oyentes. Nos dice que *ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente*. En los tiempos de Jesús, los judíos estaban bajo el dominio del Imperio Romano, sujetos a su autoridad, y anhelaban la libertad como nación; por tal razón, aquel era un tiempo de revueltas entre los ciudadanos, de conspiraciones, de reuniones secretas, porque había ciertos grupos revolucionarios que querían ser libres del lazo del Imperio. Como los antiguos habían profetizado, ellos esperaban la llegada del Mesías que habría de traerles libertad, interpretando esa libertad conforme a sus ansias de ser por fin una nación independiente; muchos de los seguidores de Jesús tenían su esperanza puesta en que habría de ser él quien por fin los libertara de la esclavitud a la que habían estado sujetos durante siglos (Hechos 1:6). Pero la obra que Jesús había venido a la tierra a realizar no tenía nada que ver con esa expectativa que ellos tenían; Jesús había venido a enseñar a los hombres un nuevo estilo de vida, a transmitirles principios, convicciones, por sobre todas las cosas, a enseñarles con su ejemplo la voluntad de Dios para con los hombres y, para esa libertad que ellos esperaban, no solamente faltaba aun tiempo, sino también una preparación espiritual para que esa libertad les fuera entregada a los judíos, no a la manera del hombre, sino a la manera de Dios. Por eso, la parábola que Jesús relata comienza resaltando el factor 'tiempo' (el hombre noble se fue a un país lejano y volvió después de un tiempo), y también la preparación de los hombres a quienes dejó a cargo de sus bienes, a los cuales entregó ciertas responsabilidades para descubrir sus capacidades y ver así para qué tareas ellos estaban aptos.

No siempre los tiempos de Dios concuerdan con los nuestros. A veces, nosotros nos sentimos preparados para ciertas cosas, desconociendo la realidad de que Dios necesita probarnos y entrenarnos para ver si realmente estamos preparados o necesitamos aun más tiempo de formación. Por eso, todos pasamos por ciertos periodos, no solamente de prueba, sino también de ejercitación y preparación para el momento en que por fin él nos encuentra aptos para colocarnos en los lugares en los que él quiere y necesita que nosotros funcionemos.

El hombre noble buscó la forma de descubrir las capacidades de sus siervos. Les entregó diez minas (dinero) para que ellos negociaran con ellas. Cuando regresó, cada uno dio cuenta de lo que había ganado con ese dinero, y conforme a la ganancia que cada uno tuvo, fue la responsabilidad que el hombre les entregó. Esto quiere decir que Dios nos entrega a todos las mismas oportunidades: nos entrega responsabilidades, nos confía tareas o cuestiones importantes para que nosotros nos hagamos cargo, incluso pone a personas bajo nuestra responsabilidad y espera para ver cómo nosotros desarrollamos y cumplimos nuestra función. Cuando viene a pedirnos cuentas de lo que hemos hecho con la responsabilidad que nos ha entregado, puede entonces considerar para qué cargos o funciones estamos aptos, y puede saber entonces si puede confiarnos mayores responsabilidades o no.

No siempre todos pasamos la prueba. Uno de los siervos del hombre noble no supo negociar con la mina que se le había entregado y le devolvió a su señor el dinero tal cual lo había recibido. El hombre, áspero y severo, como él mismo se define, no tuvo misericordia al momento de aplicar su veredicto: hizo que le quitaran la mina y se la entregaran al que más había ganado.

Muchas veces, confiamos demasiado en las personas que tenemos a nuestro alrededor, y por causa del afecto que sentimos por ellas les entregamos puestos, cargos o responsabilidades, por el simple hecho de no querer dañarlas, ofenderlas o hacer que se sientan mal. Pero el hombre de la historia fue tajante al momento de decidir qué hacer con ese siervo que no había sabido llevar adelante su tarea eficazmente. Muchas veces intentamos *ser más buenos que Dios*, y colocamos cuotas de fe sobre personas que no están capacitadas para llevar adelante determinadas funciones o determinadas tareas; pero, sin caer en juicios duros y severos, como el del hombre de la historia, debemos aprender que no podemos buscar congraciarnos con personas queridas o estimadas entregándoles puestos o lugares para que se sientan bien, porque eso también denota mucha irresponsabilidad de nuestra parte. Seguramente, habrá otras funciones y otras tareas que no demandarán tanta responsabilidad, para las cuales esas personas podrán ser eficientes, pero en cuanto se trate de cargos o funciones que deben ser realizados con eficacia, habremos de ser determinantes y decididos, entregándoselos a quienes sabemos que los han de llevar adelante de la mejor manera, incluso cuando aun esas personas no pertenezcan a nuestro entorno directo ni nos caigan tan bien, ya que no es cuestión de afinidad, sino de responsabilidad.

CONCLUSIÓN

Dios nos ha llamado a servirle, a ocupar un lugar dentro de su Iglesia, a cumplir una función dentro de su cuerpo. Para esto, él nos entrega ciertas responsabilidades, en la búsqueda de cerciorarse de que realmente estaremos en condiciones de recibir mayores responsabilidades el día de mañana, haciéndonos cargo de lugares específicos que él nos quiere entregar. Nosotros debemos aprender a esperar pacientemente sus tiempos, a no apresurarnos ni creer que ya estamos preparados, sino por el contrario: debemos permitir que él trabaje en nosotros, nos capacite y nos entrene para poder estar en condiciones de recibir las verdaderas responsabilidades que él nos quiere entregar.

Clase 28

PARÁBOLA DEL REDIL

La importancia de conocer la voz de nuestro Pastor

“De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ese es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A este abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”.

Lucas 19: 11-27

Jesús, en esta parábola, busca enseñarnos la importancia de que podamos conocer su voz, no conformándonos con ser solamente parte del redil, sino procurando a diario tener una comunión estrecha con él que nos lleve a conocerle y poder ser guiados y conducidos por él directamente hacia los planes y propósitos que tiene para nosotros.

Jesús es la puerta de las ovejas (Juan 10:7). Cuando Jesús está hablando acerca del redil de las ovejas, se está refiriendo a su Iglesia y a todos aquellos que son o desean ser parte de ella; a estos miembros los define simbólicamente como “ovejas”.

Él mismo aclara, luego de relatar la parábola, que él es la puerta de las ovejas y que el que entre al redil por esa puerta será salvo, además de ser también bien cuidado y alimentado (Juan 10:9).

Como también el apóstol Pedro lo aclara testificando en Jerusalén (Hechos 4:12): “en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Es decir, la única manera de poder entrar para ser parte de su Iglesia es a través de Jesús. El único camino que tenemos al Padre es Jesús. La única vía de contacto a través de la cual podemos ingresar al Reino de Dios es a través de Cristo.

Quien entra por otro sitio que no sea la puerta establecida por Dios, es intruso y ladrón. Como es sabido, la Iglesia de Cristo también tiene enemigos. Esos enemigos a diario batallan en contra de esas “ovejas” para sacarlas del redil, destruyendo así la obra de redención y transformación que Dios quiere llevar adelante en cada uno de sus hijos. Pero esos enemigos obviamente no entran por la puerta del redil, sino que se introducen por vías alternativas: grietas que se han abierto a causa de diferencias, divisiones y desacuerdos entre las “ovejas”; brechas que se van haciendo cada vez más anchas y más profundas, que van generando distanciamiento entre unas y otras; puertas abiertas que esos enemigos aprovechan para introducirse sin ser vistos, sin ser notados, y destruir “desde dentro” a la Iglesia de Jesús. Como Jesús también lo dice claramente: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir” (Juan 10:10). Un intruso, alguien que no entró por el sitio correcto, alguien que no tiene por qué estar dentro del redil, no ha entrado con las mejores intenciones, sino todo lo contrario.

Jesús es el buen Pastor (Juan 10:11). Jesús no solamente se define como “la puerta de las ovejas”, sino que también se identifica como “el pastor de ellas”; es decir: cumple dos funciones importantísimas. No solamente cuida y vela por las ovejas que deben entrar al redil, sino que también se encarga de que estén bien cuidadas y alimentadas: “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

El portero representa al Espíritu Santo de Dios. Si hay alguien que trabaja en equipo juntamente con Jesús, estableciéndose como un nexo entre él y cada una de las ovejas, es el Espíritu Santo de Dios. Él es el que toca el corazón de la persona, el que trae convicción de pecado, el que coloca y deposita hambre y sed por la persona y la presencia de Dios, el que hace que podamos abrir por completo nuestro corazón para ser invadidos por la persona de Cristo.

Las ovejas conocen la voz del pastor. Como también Jesús reitera luego: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen” (Juan 10:27).

El Señor no nos ha llamado para estar encerrados en el redil comiendo y durmiendo y calentándonos mutuamente; por el contrario, una vez que hemos sido salvos por su gracia y favor, cada uno de nosotros tiene una función que cumplir, un propósito y una misión por delante y, para conocer cuál es esa función, propósito, misión o tarea para la cual él quiere usar

nuestra vida, necesitamos que sea precisamente él quien nos guíe, nos dirija y nos lleve exactamente al sitio y al lugar espiritual en el cual desarrollaremos esa función. Para que esta guía y esta conducción sean posibles, será indispensable que conozcamos su voz ya que, si esto no es así, podemos llegar a ser engañados, confundidos o distraídos por otras voces que intentarán llevarnos en otra dirección; esos enemigos ladrones y salteadores que puedan haberse introducido “ilegalmente” en el redil pueden estar esperando la ocasión para desviarnos del plan y del propósito que Dios ha trazado para nuestra vida. Por eso, será necesario e imprescindible que, el tiempo que estemos dentro del redil, estemos teniendo contacto e intimidad con el buen Pastor, para conocer de esa manera su voz y tener nuestros oídos ejercitados, de manera que no hay otra voz que pueda sonar más fuerte que la suya.

CONCLUSIÓN

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10: 27-29).

Saber que estamos en la mano de Jesús, saber que estamos siendo cuidados y protegidos de todo enemigo que quiera venir a arrebatarnos de ella, saber que nadie puede llegar a tocarnos si es que nos encontramos aferrados a ese sitio, es lo que nos garantiza un crecimiento seguro y eterno en comunión con él. Llegar a conocerle en intimidad, teniendo una relación estrecha con él, será lo que nos garantice que podamos llegar a puerto seguro y que lleguemos a cumplir la función para la cual él nos hizo y nos colocó en esta tierra. Necesitamos estrechar nuestra relación con él; procurar que nuestro caminar con Jesús no sea solo mera religiosidad aprendida de memoria, sino que sea una relación de amistad y compañerismo a través de la cual él pueda saciar cada día nuestra necesidad de su vida abundante; eso es lo que necesitamos para sentirnos plenos, seguros y confiados, sabiendo que no estamos en este mundo por casualidad ni por error de nadie, sino que hemos sido creados, enviados y escogidos para cumplir una función importantísima dentro de los planes de Dios.



www.casasegurapublicaciones.es